

# La obra de evangelización

**Autor: C. H. Mackintosh**

«Necesitamos evangelistas; queremos evangelistas sinceros, fieles y de ancho corazón; hombres que conocen su trabajo, y que están decididos, por la gracia de Dios, a dedicarse con empeño a él, sin importar quién lo subestime. Dios ha dicho que los pies del evangelista son “hermosos” (Romanos 10:15). El cielo entero está interesado en la obra de evangelización; y nunca hemos conocido a un santo espiritual en la tierra que no estuviese interesado en esta obra... El evangelio de la gracia de Dios se dirige al hombre perdido, muerto en sus “delitos y pecados” (Efesios 2:1), y no hace ninguna diferencia entre judíos y gentiles.

## **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Introducción .....	3
Una palabra al evangelista .....	4
“Las regiones más allá de vosotros” - Un lema para el evangelista .	9
La obra de evangelista .....	12
El que busca con sinceridad .....	12
El engañador .....	22
El pecador endurecido .....	27
Cartas a un amigo sobre la obra de evangelización .....	33
Primera carta - En busca de las almas .....	33
Segunda carta - El Espíritu Santo .....	37
Tercera carta - La Palabra de Dios .....	41
Cuarta carta - La oración .....	46
Quinta carta - La obra de literatura .....	49
Sexta carta - La predicación del Evangelio .....	52
Séptima carta - La Escuela Dominical .....	56

## Introducción

Necesitamos evangelistas; queremos evangelistas sinceros, fieles y de ancho corazón; hombres que conocen su trabajo, y que están decididos, por la gracia de Dios, a dedicarse con empeño a él, sin importar quién lo subestime. Dios ha dicho que los pies del evangelista son “hermosos” (Romanos 10:15). El cielo entero está interesado en la obra de evangelización; y nunca hemos conocido a un santo espiritual en la tierra que no estuviese interesado en esta obra... El evangelio de la gracia de Dios se dirige al hombre perdido, muerto en sus “delitos y pecados” (Efesios 2:1), y no hace ninguna diferencia entre judíos y gentiles. Como el sol en el firmamento, brilla para todos. Ninguna nación, tribu, lengua ni pueblo están excluidos del alcance de sus rayos celestiales. Predicar el Evangelio “a toda criatura que está debajo del cielo” (Colosenses 1:23, RV 1909), es la divina comisión y el amplio campo del evangelista. Algunos pueden alegar que no somos evangelistas. Bien, pero sí podemos colaborar con él, proveyéndole, por ejemplo, tratados y libros que le serán de gran ayuda en su bendita obra de ganar almas para Cristo, y para edificarlas una vez que se hayan convertido. Podemos colaborar mayormente en la oración y solidarizarnos con él. Podemos brindarle alojamiento en los lugares distantes adonde vaya. En una palabra, si nuestros corazones sienten esa misma compasión de Cristo por las preciosas almas, él abrirá el camino en el que todos podemos ser colaboradores en esta bendita obra.

## Una palabra al evangelista

Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura

“ (Marcos 16:15).

Creemos que no será considerado inoportuno si nos aventuramos a ofrecer una palabra de consuelo y aliento a todos aquellos que están comprometidos en la bendita obra de predicar “*el evangelio de la gracia de Dios*” (Hechos 20:24).

Somos hasta cierto punto conscientes de las dificultades y los desalientos que suelen frecuentar la senda de todo evangelista, ya sea en su esfera de trabajo o en la medida de su don; y es nuestro deseo animar los corazones y mantener erguidas las manos de todos los que puedan estar en peligro de caer bajo el poder desalentador de estas cosas. Sentimos cada vez más la inmensa importancia de un testimonio sincero y fervoroso del Evangelio en todo lugar; y tememos sobremanera cualquier deserción en este campo. Somos imperativamente llamados a hacer la “obra de evangelista” (2 Timoteo 4:5) y a no abandonar esa obra bajo ningún pretexto o consideración que pueda surgir.

Nadie debe imaginar que con esto queremos disminuir en lo más mínimo el valor de la enseñanza, de las conferencias o de la exhortación. Nada podría estar más lejos de nuestros pensamientos.

Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello

“ (Mateo 23:23).

No tenemos la intención de comparar la obra de un evangelista con la de un maestro, ni de exaltar la primera en detrimento de la última. Cada una tiene su propio lugar, su propio interés y su importancia peculiar.

Pero, por otro lado, ¿no hay peligro de que el evangelista abandone su propia obra, tan preciosa, para entregarse a la obra de la enseñanza y a dictar conferencias bíblicas? ¿No existe el peligro de que el evangelista acabe confundiéndose con un maestro? Tememos que ese peligro exista; y bajo la influencia de este temor, escribimos estas pocas líneas. Observamos con profunda preocupación que algunos que en otro tiempo eran reconocidos entre nosotros como fervientes y prósperos evangelistas, ahora hayan abandonado casi por completo su obra y se han convertido en maestros y conferenciantes.

Esto es sumamente deplorable. *Verdaderamente deseamos evangelistas*. Un verdadero evangelista es casi una rareza tan grande como un verdadero pastor. ¡Oh, qué raros son ambos! Y ambos están íntimamente ligados. El evangelista reúne a las ovejas; el pastor las alimenta y las cuida. La obra de cada uno se encuentra muy cerca del corazón de Cristo, el divino Evangelista y Pastor. Pero ahora queremos ocuparnos del primero, para animarlo en su trabajo y advertirle contra la tentación de apartarse de él. No podemos admitir la pérdida de un solo embajador precisamente ahora, ni queremos ver un solo predicador en silencio.

Somos perfectamente conscientes del hecho de que, en algunos círculos, existe una fuerte tendencia a arrojar agua fría sobre la obra de evangelización. Hay una lamentable falta de simpatía con el predicador del Evangelio, y, por consecuencia, también de activa cooperación con él en su obra. Por otra parte, hay un modo de hablar de la predicación del Evangelio que no está muy en sintonía con el corazón de Aquel que lloró por los pecadores impenitentes, y que pudo decir, al comienzo de su bendito ministerio: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungi-do para dar buenas nuevas a los pobres” (Lucas 4:18; Isaías 61:1). Y también:

“**Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido (Marcos 1:38).**

Nuestro bendito Señor fue un incansable predicador del Evangelio, y todos los que estén imbuidos de Su voluntad y de Su espíritu tendrán un vivo interés en la obra de todos aquellos que, en su débil medida, tratan de hacer lo mismo que Él. Ese interés se evidencia no solo por las fervientes oraciones hechas para que Dios bendiga la obra, sino también por los diligentes y perseverantes esfuerzos por alcanzar a las almas inmortales bajo el son del Evangelio.

Esta es la manera de ayudar al evangelista, y este camino está abierto para todo miembro de la Iglesia de Dios, ya sea hombre, mujer o niño. Todos pueden así contribuir al desarrollo de la gloriosa obra de la evangelización. Si cada miembro de la asamblea trabajase diligentemente y con oración en este sentido, qué diferentes serían las cosas para los queridos siervos del Señor que tratan de dar a conocer las inescrutables riquezas de Cristo.

Pero, ¡oh! cuán a menudo sucede lo contrario. Con qué frecuencia oímos, incluso de aquellos que tienen cierta reputación de inteligencia y espiritualidad, al referirse a reuniones para la predicación del Evangelio, frases como: «Ah, no iré; es solo el Evangelio». ¡Piense en esto! «Solo el Evangelio». Si expresaran la misma idea en otras palabras, estarían diciendo: ¡«Es solo el corazón de Dios» –«solo la preciosa sangre de Cristo»– «solo el glorioso testimonio del Espíritu Santo»!

Es así cuando ponemos las cosas claramente. No hay nada más triste que oír a los cristianos profesantes hablar de esa manera. Esto demuestra, con toda claridad, que sus almas están muy lejos del corazón de Jesús. Hemos visto, invariablemente, que aquellos que piensan y hablan con ligereza de la obra del evangelista son personas de muy poca espiritualidad.

Por otro lado, los santos más devotos, los más sinceros, los más iluminados por Dios, siempre buscan tener un profundo interés en esta obra. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Acaso la voz de las Sagradas Escrituras no dan el más claro testimonio acerca del interés que la Trinidad tiene en la obra del Evangelio? Ciertamente que sí. ¿Quién fue el que predicó el Evangelio por primera vez? ¿Quién fue el primer heraldo de salvación? ¿Quién anunció primero las buenas nuevas de la Simiente herida de la mujer? El propio Jehová Dios en el jardín de Edén. Este es un hecho significativo en relación con nuestro tema. Y, yendo más lejos, permítasenos preguntar, ¿quién fue el más fervoroso, laborioso y fiel Predicador que jamás haya pisado esta tierra? El Hijo de Dios. Y ¿quién ha estado predicando el Evangelio en los últimos dieciocho siglos? El Espíritu Santo enviado del cielo.

Tenemos así al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, todos verdaderamente comprometidos en la obra de evangelización; y, si es así, ¿quiénes somos nosotros para atrevernos a hablar livianamente de tal obra? ¡Oh!, que el Espíritu de Dios despierte lo más profundo de nuestro ser moral a fin de que seamos capaces de añadir nuestro ferviente y profundo Amén a estas preciosas palabras inspiradas:

“ ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!  
(Romanos 10:15; Isaías 52:7).

Sin embargo, puede que estas líneas estén siendo leídas por alguien que, habiendo estado comprometido en la obra de predicación del Evangelio, comienza a sentirse un poco desanimado. Puede que haya sido llamado a predicar en el mismo lugar durante años y se sienta abrumado por la idea de tener que dirigirse al mismo auditorio, sobre el mismo tema, semana tras sema-

na, mes tras mes, año tras año. Tal vez se sienta como si estuviese dejando de experimentar algo nuevo, algo más vivo, diferente. Tal vez tenga el deseo de actuar en cualquier otro sitio donde los temas que le son familiares sean nuevos para sus oyentes. O, si no puede hacerlo, puede sentirse guiado a reemplazar la predicación ferviente, directa y sincera del Evangelio por conferencias y exposiciones.

Si, en alguna medida, logramos despertar los sentimientos del lector respecto a este asunto, creemos que le será de gran ayuda en su trabajo tener en cuenta que Cristo es el único gran tema del verdadero evangelista. El Espíritu Santo es el poder para desarrollar ese gran tema; y los pobres pecadores perdidos son los oyentes ante los cuales ese gran tema se debe presentar. Ahora bien, Cristo es siempre nuevo; el poder del Espíritu Santo no disminuye nunca; la condición y el destino del alma son siempre de gran interés.

Además, es conveniente para el evangelista, cada vez que predica, recordar que aquellos a quienes se dirige ignoran totalmente el Evangelio, de manera que debe hablarles como si fuera la primera vez que su auditorio oye el mensaje y la primera vez que él se lo anuncia. En efecto, la predicación del Evangelio, en la divina acepción de esta palabra, no es una mera y estéril exposición de doctrina evangélica, ni una cierta fórmula de discursos repetidos sin cesar según la misma rutina fastidiosa. Lejos de ello: el Evangelio es en realidad el enorme y amoroso corazón de Dios que rebosa y fluye hacia el pobre pecador perdido, en torrentes de vida y salvación. Es la presentación de la muerte expiatoria y de la gloriosa resurrección del Hijo de Dios; y todo esto, por la energía presente, el brillo y la frescura del Espíritu Santo, proveniente de la mina inagotable de las Sagradas Escrituras.

También hay que recordar que el único objeto que debe absorber por entero al predicador es ganar almas para Cristo, para gloria de Dios. Para esto trabaja y suplica; para esto ora, llora y agoniza; para esto truena su voz, clama y lucha con el corazón y la conciencia de su oyente. Su objetivo no es enseñar doctrinas, aunque pueden enseñarse doctrinas; su propósito no es exponer las Escrituras, aunque las Escrituras pueden exponerse. Estas cosas pertenecen al ámbito del maestro o del conferenciante; pero nunca ha de olvidarse que el objetivo del predicador es poner al Salvador y al pecador juntos –ganar almas para Cristo–. ¡Que Dios por Su Espíritu mantenga estas cosas delante de nuestros corazones, a fin de que tengamos un interés más profundo en la gloriosa obra de la evangelización!

En conclusión, solo quisiera agregar una palabra de exhortación con respecto a la noche del domingo, día del Señor. Con todo afecto, nos gustaría decir a nuestros amados y honrados colaboradores: Traten de dedicar esa hora a la gran obra de la salvación de las almas. Hay 168 horas en la semana y, seguramente, lo menos que podemos hacer es dedicar una de ellas para esta importante obra. Puede ser que justamente en esa hora alcancemos el oído de un pecador como nosotros. ¡Oh, usémosla para propagar la dulce historia del gratuito amor de Dios y de la plena y completa salvación de Cristo!



## “Las regiones más allá de vosotros” - Un lema para el evangelista

**Predicar el Evangelio** en las regiones más allá de vosotros” (2 Corintios 10:16, V. M.). Si bien estas palabras ponen de manifiesto la grandeza de corazón del abnegado y devoto apóstol, también proporcionan un excelente modelo para el evangelista en todas las épocas. El Evangelio es un viajero, y el predicador del Evangelio también debe ser un viajero. El evangelista divinamente calificado y divinamente enviado fijará sus ojos en “todo el mundo”. Incluirá, en su benevolente designio, a toda la familia humana. De una casa a otra; de una calle a otra; de una ciudad a otra; de una provincia a otra; de un reino a otro; de un continente a otro; de un polo a otro. Tal es el alcance de las “buenas nuevas” y, por tanto, del que las anuncia. “Las regiones más allá” siempre debe ser el gran lema del Evangelio. Tan pronto como la antorcha del Evangelio ha arrojado sus benéficos rayos de luz sobre una determinada región, el que la lleva ya debe estar pensando “en las regiones más allá”. Así la obra sigue adelante; y el caudaloso río de la gracia de Dios desborda, con su poder iluminador y salvador, derramándose en abundancia sobre un mundo oscurecido que yace “en región de sombra de muerte” (Mateo 4:16).

*Llevad, oh vientos, la historia,  
Y vosotras, oh aguas, también llevad,  
Como mar inmenso de gloria,  
El mensaje de un polo a otro dispersad.*

Lector cristiano, ¿estás pensando en las “regiones más allá” de ti? Esta expresión, para ti, puede significar la casa de al lado, la siguiente calle, el pueblo de al lado, la siguiente ciudad, el próximo país u otro continente. Tu corazón ha de ponderar su aplicación; pero, dime, ¿has estado pensando en las “regiones más allá” de ti? No quiero, bajo ningún concepto, que abandones tu puesto actual; o al menos hasta que estés plenamente persuadido de que tu obra, en ese lugar, ha concluido. Pero recuerda que el arado del Evangelio nunca debe permanecer parado. “Adelante” es el lema de todo verdadero evangelista.

Que los pastores permanezcan con las ovejas; pero que los evangelistas se trasladen cada vez más lejos, para buscar a las ovejas. Que hagan sonar la trompeta del Evangelio en todas partes, sobre los sombríos montes de este mundo, a fin de reunir a los elegidos de Dios. Este es el plan del Evangelio. Y este debe ser el objetivo del evangelista, mientras suspira por “las regiones más allá”. Cuando César, desde las costas de la Galia, vio los blancos acantilados de Bretaña, ansió vehementemente llevar a sus tropas allí. Por su parte, el evangelista, cuyo corazón late al unísono con el corazón de Jesús, al echar una mirada al mapa del mundo, anhela llevar el evangelio

de la paz a las regiones que hasta entonces habían estado envueltas en las más densas tinieblas; cubiertas con el oscuro manto de la superstición, o asoladas por las desecantes influencias de una “apariencia de piedad” sin “eficacia” (2 Timoteo 3:5).

Creo que será de gran provecho para muchos de nosotros preguntarnos cuánto de nuestras santas responsabilidades estamos dedicando a “las regiones más allá” de nosotros. Yo creo que el cristiano que no cultiva ni manifiesta un espíritu evangelístico, está en una condición verdaderamente deplorable. Creo también que la asamblea que no cultiva ni manifiesta un espíritu evangelístico se encuentra en un estado de muerte espiritual. Una de las características más genuinas de crecimiento y prosperidad espiritual, ya sea en un individuo o en una asamblea, es el sincero deseo de la conversión de las almas. Este anhelo hinchará nuestro pecho de las más generosas emociones; sí, desbordará en copiosos manantiales de un ejercicio de benevolencia, que siempre fluye hacia “las regiones más allá”.

Es difícil creer que la “palabra de Cristo more en abundancia” (Colosenses 3:16) en alguien que no está haciendo ningún esfuerzo para llevar esta misma palabra a los pecadores que lo rodean. No importa cuánto esfuerzo se haga; puede ser simplemente deslizar unas palabras al oído de un amigo, darle un tratado, escribir una nota o exhalar una oración. Pero una cosa es cierta: un cristiano fuerte, saludable, será un cristiano evangelista –un anunciador de las buenas nuevas– alguien cuyos deseos, simpatías y energías estarán siempre vueltos a “las regiones más allá”.

“ Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio... porque para esto he sido enviado (Lucas 4:43).

Tal era el lenguaje del verdadero Evangelista.

Es muy dudoso que muchos de los siervos de Cristo no hayan cometido un error al haberse afeerrado, por una u otra influencia, demasiado a una determinada localidad –al atarse demasiado a un solo lugar–. Terminan cayendo en un trabajo de rutina; entran en un esquema de predicaciones fijas, en el mismo lugar y, en muchos casos, terminan paralizándose a sí mismos y también a sus oyentes. No me refiero ahora a las actividades de pastor, de anciano o del que enseña, que, naturalmente, deben ejercerse en medio de aquellos que son los sujetos propios de tales obras. Me refiero más particularmente al evangelista. Alguien que nunca debe permitirse permanecer siempre en el mismo lugar. El mundo es su esfera de acción; “las regiones más allá”, su lema; reunir a los elegidos de Dios, su objetivo; la corriente del Espíritu, su camino a seguir. Si el lector

fuese uno de los que Dios ha llamado y formado para ser un evangelista, recuerde estas cuatro cosas: una esfera de acción, el lema, la meta y el camino a seguir, que todos deben adoptar si desean ser obreros fructíferos en el campo del Evangelio.

Por último, ya sea el lector un evangelista o no, quisiera suplicarle encarecidamente que examine cuánto está tratando de expandir el evangelio de Cristo.

No podemos quedarnos de brazos cruzados. ¡El tiempo es corto! ¡La eternidad se aproxima a pasos agigantados! ¡El Señor es por demás digno de nuestro empeño! ¡Las almas son demasiado preciosas! ¡El tiempo propicio para trabajar, pronto terminará! Estemos, pues, en el nombre del Señor, despiertos y activos. Y cuando hayamos hecho todo lo posible en los lugares a nuestro alrededor, llevemos entonces la preciosa semilla a “las regiones más allá”.

## La obra de evangelista

Nos hemos propuesto ofrecer una palabra al evangelista, y ahora nos enfocaremos en la obra del evangelista; y no podíamos hacer nada mejor que seleccionar, como base de nuestras observaciones, una página del registro misionero de uno de los más grandes evangelistas que jamás ha existido. El pasaje de la Escritura que aparece al principio de este capítulo ofrece muestras de tres diferentes clases de oyentes, y también los métodos utilizados por el gran apóstol de los gentiles, guiado, sin duda, por el Espíritu Santo.

Tenemos, primeramente, *el que busca con sinceridad*; luego, *el falso profesante*, y, por último, *el pecador endurecido*. El obrero del Señor se topa con estas tres clases de personas en todas partes y en todas las épocas; y por esta razón podemos estar agradecidos por disponer de un registro inspirado de la forma correcta de tratar con cada una de ellas. Es muy deseable que aquellos que siguen llevando el Evangelio sean capaces de tratar con las diversas condiciones del alma que encontrarán a diario; y no puede haber un modo más eficaz de obtener esta aptitud que estudiando cuidadosamente los modelos que nos ha dado Dios el Espíritu Santo.

### El que busca con sinceridad

Cuando el laborioso apóstol, en el curso de sus viajes misioneros, llegó a Troas, se le mostró “una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio. Zarpando, pues, de Troas, vimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis; y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia; y estuvimos en aquella ciudad algunos días. Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Y cuando fue bautizada, y su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa, y posad. Y nos obligó a quedarnos” (Hechos 16:9-15).

Aquí tenemos una escena conmovedora, algo digno de ser contemplado y ponderado. Se trata de alguien que, habiendo obtenido por gracia una cierta medida de luz, estaba viviendo en ella y buscando sinceramente más. Lidia, la vendedora de púrpura, pertenecía a la misma interesante línea de fe que el eunuco de Etiopía y el centurión de Cesarea. Los tres aparecen en las páginas

inspiradas como almas vivificadas pero no emancipadas –no en reposo– no satisfechas. El eunuco había ido de Etiopía a Jerusalén en busca de algo en que descansar su alma ansiosa. Había dejado esa ciudad aún insatisfecho, y estaba devota y sinceramente apegado a las preciosas páginas inspiradas. Los ojos de Dios estaban sobre él, y envió a su siervo Felipe con el mensaje necesario para satisfacer sus necesidades, responder sus preguntas y traer descanso a su alma. Dios sabe cómo poner en contacto a los «Felipes» y a los «eunucos». Él sabe cómo preparar sus corazones para el mensaje, y el mensaje para el corazón. El eunuco era un adorador de Dios; pero Felipe fue enviado a enseñarle cómo ver a Dios en la faz de Jesucristo. Esto era exactamente lo que necesitaba. Era como un torrente de luz radiante que penetraba su espíritu sincero, que daba reposo a su corazón y a su conciencia, y que lo hacía seguir su camino lleno de gozo. Había seguido con sinceridad la luz que había surgido en su alma, y Dios le envió más.

Y siempre es así.

Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más



(Mateo 13:12).

Nunca hubo un alma que sinceramente haya caminado en la luz que tenía y que no recibiera más luz. Esto es muy reconfortante y alentador para todos los buscadores sinceros. Si el lector pertenece a esta clase, que cobre ánimo. Si es uno de aquellos en los que Dios ha comenzado una obra, puede estar seguro de que el que comenzó “la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Él, con toda seguridad, perfeccionará aquello que concierne a su pueblo.

Pero que nadie se cruce de brazos; que nadie recoja los remos y diga fríamente: «Debo aguardar el tiempo de Dios para tener más luz. No hay nada que pueda hacer; mis esfuerzos son en vano. Cuando Dios lo disponga, entonces sí; pero, mientras tanto voy a permanecer como soy». No eran estos los pensamientos o los sentimientos del eunuco etíope. Él fue uno de los más sinceros buscadores; y todos los buscadores sinceros son ciertamente los que con alegría hallarán. Y así debe ser, porque Dios “es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).

Y así fue con el centurión de Cesarea. Él era un hombre de la misma línea de fe que el eunuco. Vivió de acuerdo con la luz que tenía. Ayunó, oró y dio limosna. No se nos dice que haya escuchado el sermón del monte, pero es de destacar que estaba ejercitado en las cuatro ramas principales de la justicia práctica que nuestro Señor nos presenta en el sexto capítulo de Mateo. Estaba formando su conducta y moldeando su camino en conformidad con el patrón que Dios había puesto ante él. Su justicia era mayor que la de los escribas y fariseos y, por tanto, entró en el reino

(véase Mateo 5:20). Era, por la gracia de Dios, un hombre genuino, que seguía con sinceridad la luz, a medida que ella era derramada en su alma, y, de ese modo, fue llevado al pleno resplandor del evangelio de la gracia de Dios. Dios envió un Pedro a Cornelio, del mismo modo que había enviado un Felipe al eunuco. Las oraciones y limosnas de Cornelio habían subido como memorial delante de Dios, y Pedro fue enviado con un mensaje de completa salvación a través de un Salvador crucificado y resucitado.

Sin embargo, es muy posible que existan personas que, habiendo sido mecidas en la cuna de una cómoda profesión de fe evangélica, y educadas en el petulante formalismo de una religión auto-complaciente del tipo «es fácil ir al cielo», estén dispuestas a condenar la piadosa conducta de Cornelio, y a decir que fue el resultado de la ignorancia y el legalismo. Estas personas nunca han sabido lo que significa privarse de una simple comida, o pasar una hora en verdadera y sincera oración, o abrir la mano, en auténtica caridad, para satisfacer las necesidades de los pobres. Esta gente ha oído y aprendido, tal vez, que la salvación no se obtiene por tales medios –que somos justificados por la fe sin obras–, que la salvación es para el

que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío



(Romanos 4:5).

Todo esto es absolutamente cierto; pero, ¿qué derecho tenemos de suponer que Cornelio oraba, ayunaba y daba limosna con el objeto de obtener la salvación? Absolutamente ninguno, si nos hemos de guiar por el relato inspirado, y no disponemos de ninguna otra forma de conocer a esta personalidad tan excelente e interesante. El ángel le dijo que sus oraciones y limosnas habían subido como memorial delante de Dios (Hechos 10:4). ¿No es esto una clara prueba de que esas oraciones y limosnas no eran adornos de su propia justicia, sino frutos de una justicia basada en el conocimiento que tenía de Dios? Seguramente, los frutos de la propia justicia y del legalismo nunca habrían ascendido como memorial delante del trono de Dios; ni nunca Pedro podía haber testificado que Cornelio era alguien que temía a Dios y hacía justicia (Hechos 10:35), si se hubiera tratado de un mero legalismo.

¡Oh, no, lector! Cornelio era un hombre íntegro en su sinceridad. Vivió en la medida de su conocimiento, y habría estado completamente equivocado si trataba de ir más allá. Para él, la salvación de su alma inmortal, el servicio de Dios y la eternidad, eran grandes realidades que absorbían toda su atención. No era, ni remotamente, uno de esos individuos de profesión frívola, llenos de discursos locuaces, insípidos e inútiles, pero que no hacen nada. Cornelio pertenecía a

una estirpe completamente diferente. Pertenecía a la clase de personas que *hacen*, y no que *hablan*. Era un hombre sobre el cual la mirada de Dios se posaba con complacencia, y en quien los propósitos celestiales estaban profundamente interesados.

Y lo mismo se puede decir de nuestra amiga de Tiatira, Lidia, la vendedora de púrpura. Pertenecía a la misma escuela; estaba sobre la misma base que el centurión y el eunuco. Es verdaderamente delicioso contemplar estas tres almas preciosas: una en Etiopía, otra en Cesarea y una tercera en Tiatira o Filipos. Es algo particularmente reconfortante ver el contraste de esas almas, siempre francas y sinceras, con muchos que viven en estos días de pretendida luz y conocimiento, que recibieron, como lo llaman, el «plan de salvación» en sus cabezas, las doctrinas de la gracia en sus lenguas, pero el mundo en sus corazones; cuya constante ocupación es «yo», «yo», «yo» —ese miserable objeto—.

Un poco más adelante tendremos ocasión de referirnos a estos con más detenimiento, pero por el momento nos gustaría pensar en la sincera Lidia; y debemos confesar que este es un ejercicio de los más gratificantes. Es bastante claro que Lidia, al igual que Cornelio y el eunuco, era un alma vivificada; una adoradora de Dios; alguien que se contentaba con dejar a un lado su venta de púrpura, y acudir a una reunión de oración, o estar en algún lugar donde pudiera tener algún provecho espiritual y donde las cosas buenas estuviesen aconteciendo. Hay un dicho que dice: «Pájaros de un mismo plumaje vuelan juntos», y así Lidia pronto descubrió que algunas almas piadosas, unos pocos espíritus semejantes, solían reunirse para esperar en Dios en la oración.

Todo esto es hermoso. Hace bien al corazón ser puesto en contacto con esta atmósfera de profundo fervor. Seguramente el Espíritu Santo escribió este relato, al igual que toda la Sagrada Escritura, para nuestra enseñanza. Este es un ejemplo de ello, y hacemos bien en reflexionar sobre él. Lidia fue hallada aprovechando diligentemente toda y cualquier oportunidad, mostrando así los verdaderos frutos de la vida divina, los auténticos instintos de la nueva naturaleza. Ella descubrió dónde se reunían los santos para orar, y se unió a ellos.

No se cruzó de brazos ni se sentó cómoda a esperar, en reprochable indolencia y pereza, algo indefinible y extraordinario que pudiera sobrevenirle, o algún tipo de transformación misteriosa que le pudiera ocurrir. No; ella fue a una reunión de oración —el lugar donde se expresan las necesidades y donde se espera la bendición—; y fue allí donde Dios la encontró, como Él ciertamente encontrará a todo aquel que frecuenta esos lugares en el espíritu de Lidia.

Dios no desampara nunca a un corazón deseoso. Él dijo:

No se avergonzarán los que esperan en mí



(Isaías 49:23);

y, como un brillante y bendito rayo de sol sobre las páginas inspiradas, resplandece esta frase tan rica, tan plena y estimulante para el alma: Dios “es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Él envió a Felipe al eunuco en el desierto de Gaza. Envió a Pedro al centurión en la ciudad de Cesarea. Envió a Pablo a una vendedora de púrpura, en las afueras de Filipos; y enviará un mensaje al lector de estas líneas, si es alguien que sinceramente busca la salvación de Dios.

Siempre es un momento de profundo interés cuando un alma preparada es puesta en contacto con el pleno evangelio de la gracia de Dios. Puede que tal alma haya estado pasando por profundos y dolorosos ejercicios durante muchos días, buscando reposo, pero sin hallarlo. Por medio de su Espíritu, el Señor ha estado trabajando y preparando el terreno para que reciba la buena semilla. Ha estado profundizando los surcos para que la preciosa semilla de su Palabra pueda echar raíces permanentes y producir fruto para Su alabanza. El Espíritu Santo nunca se precipita. Su obra es profunda, fuerte y bien arraigada. Las plantas que produce no son como la calabacera de Jonás, que crece y muere en una misma noche. Todo lo que Dios haga permanecerá, bendito sea su Nombre. “Todo lo que Dios hace será perpetuo” (Eclesiastés 3:14). Cuando Él convence, convierte y libera un alma, el sello de su propia y eterna mano está sobre Su obra, en todas sus etapas.

Volviendo a nuestro pasaje, debe haber sido un momento de intenso interés cuando una persona en un estado de alma como el de Lidia fue puesta en contacto con ese glorioso evangelio que Pablo llevaba (Hechos 16:14). Ella estaba totalmente preparada para el mensaje que predicaba Pablo; y sin duda el mensaje de él estaba totalmente preparado para ella. Pablo llevaba consigo una verdad que ella nunca antes había escuchado ni pensado que existía. Como se ha señalado, ella había vivido de acuerdo con la luz que tenía; era una adoradora de Dios; pero nos atrevemos a afirmar que no tenía idea de la gloriosa verdad alojada en el corazón de aquel desconocido que se sentó a su lado en la reunión de oración. Ella se había acercado –como mujer sincera y devota que era– para orar y adorar, para hallar un poco de refrigerio para su espíritu, después del arduo trabajo de la semana. Qué poco imaginaba que en esa reunión escucharía al más grande predicador que haya vivido, a excepción del Señor, y el más elevado orden de la verdad que jamás haya llegado a los oídos de los mortales.



Y así ocurrió; y, ¡oh, qué importante fue para Lidia haber estado en esa memorable reunión de oración! ¡Qué bueno que no haya actuado como muchos hoy en día que, después de una semana de duro trabajo en la tienda, el depósito, la fábrica o el campo, usan el domingo para quedarse en la cama durmiendo! ¡A cuántos cristianos que vemos en sus puestos, desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche, trabajando con toda diligencia en su profesión, en vano los buscaremos en la reunión en el día del Señor!

¿A qué se debe esto? Puede que estas personas digan que están tan cansadas el sábado por la noche que no tienen fuerzas para levantarse el domingo y, por esta razón, dedican este día al ocio, la pereza y la autosatisfacción. No se preocupan por sus almas, no les importa Cristo ni las cosas eternas. Se ocupan de sí mismos, de sus familias, del mundo, de ganar dinero; y por eso las vemos levantarse muy temprano el lunes para ir a su trabajo.

Lidia no pertenecía de ninguna manera a esta clase de personas. No hay duda de que atendía su negocio, como toda persona correcta debe hacer. Nos atrevemos a decir –y estamos seguros de eso– que ella comercializaba púrpura de la mejor calidad, y que era una comerciante correcta y honesta en el sentido más amplio de la palabra. Pero ella no malgastaba el día sábado durmiendo o descansando en su casa, o cuidando de sí misma, o haciendo un gran alarde de todo lo que tenía que hacer durante la semana. Tampoco creemos que Lidia era una de esas personas que viven tan preocupadas consigo mismas que, para ellas, una lluvia es razón suficiente para faltar a las reuniones. No; Lidia era de una clase totalmente diferente. Era una mujer sincera que sentía que tenía un alma que salvar y una eternidad delante de ella, además de un Dios vivo para servir y adorar.

¡Ojalá tuviéramos más «Lidias» hoy! Esto añadiría un atractivo, un interés, una permanente novedad a la obra del evangelista, cosas estas que muchos de los obreros del Señor en vano anhelan encontrar. Parece que vivimos en una época de terrible falta de realidad respecto de las cosas divinas y eternas. Las personas son siempre bastante reales cuando se trata de ganar dinero, o de obtener bienes y placeres; pero, oh, cuando se trata de las cosas de Dios, de las cosas del alma, de las cosas de la eternidad, evidencian una actitud de soñolienta indiferencia. Pero el tiempo se acerca rápidamente –cada latido del corazón, cada tictac del reloj nos acerca más a él– cuando la flagrante indiferencia será reemplazada por “el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12). Si eso se sintiera más profundamente, tendríamos muchas más «Lidias» listas para prestar atención al evangelio de Pablo.

¡Qué fuerza y belleza hay en estas palabras:

“ El Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía  
(Hechos 16:14)!

Lidia no era como esas personas que van a las reuniones para pensar en cualquier cosa menos en lo que dicen los mensajeros de Dios. Ella no estaba pensando en su púrpura, en sus precios ni en las posibles ganancias o pérdidas. ¿Cuántos de los que asisten a las reuniones o conferencias donde se estudia la Palabra de Dios y llenan nuestras salas, siguen el ejemplo de Lidia? ¡Ay, tememos que muy pocos! Los negocios, las condiciones del mercado, el estado de los fondos, el dinero, los placeres, los vestidos, las necesidades: un sinnúmero de cosas vienen a la mente, se quedan allí y ocupan nuestra atención, de modo que el pobre, errante y volátil corazón, acaba ocupado con las cosas de la tierra, en vez de “estar atento” a lo que se habla.

Todo esto es muy solemne y terrible. Es algo que debe ser verdaderamente examinado y considerado. La gente parece olvidar la responsabilidad que implica escuchar el evangelio predicado. Parece que no se sienten impresionados en lo más mínimo por el hecho tan importante de que el Evangelio nunca deja a ningún inconverso en la misma condición en que se encontraba antes de oírlo. O es salvado por recibir el Evangelio, o se hace más culpable por rechazarlo. Por eso escuchar el Evangelio es un asunto serio. La gente puede asistir a las reuniones de evangelización por costumbre o como un servicio religioso, o porque no tienen nada que hacer y disponen de tiempo de sobra; o pueden ir por pensar que el mero hecho de asistir tiene en sí mismo algún tipo de mérito.

Así, miles asisten a las predicaciones en las que los siervos de Cristo, aunque sin ser «Pablos» en su don, poder o inteligencia, revelan la preciosa gracia de Dios al enviar a su Hijo unigénito al mundo para salvarnos de la miseria y el tormento eterno. La virtud y eficacia de la muerte expiatoria del divino Salvador –el Cordero de Dios–, las espantosas realidades de la eternidad; los tremendos horrores del infierno y los inefables gozos del cielo: todos estos asuntos de gran importancia, son presentados de acuerdo con la medida de gracia dada a cada mensajero del Señor y, sin embargo, ¡qué pequeño es el efecto producido! Ellos disertan acerca “de la justicia, el dominio propio y el juicio venidero” y, sin embargo, ¡qué pocos son los que incluso quedan “espantados” (Hechos 24:25)!

Y ¿a qué se debe esto? ¿Tendrá alguien la presunción de excusarse por rechazar el mensaje del Evangelio basado en su incapacidad de creer en él? ¿Apelará al mismo caso que estamos considerando, y dirá: «El Señor abrió el corazón de Lidia; y si él tan solo hiciese lo mismo conmigo, yo

también aceptaría; pero mientras no lo haga, no hay nada que yo pueda hacer»? Respondemos –y con profunda seriedad– que tal argumento no le servirá de nada en el día del juicio. Y estamos completamente convencidos de que ni siquiera se atreverá a presentar tal argumento entonces. Si usted piensa así, está haciendo una mala aplicación de la atractiva historia de Lidia. Es cierto –felizmente cierto– que el Señor le abrió el corazón; y él está dispuesto a abrir su corazón también, si tan solo hubiese en usted una centésima parte de la sinceridad de Lidia.

¿Acaso no sabe, querido lector, que hay dos lados en este importante asunto, así como en todos los asuntos? Puede parecer bien, y sonar convincente, cuando dice: «No hay nada que pueda hacer». Pero, ¿quién le dijo eso? ¿Dónde lo aprendió? Lo desafiamos solemnemente, en la presencia de Dios: ¿Puede mirarlo a él y decir: «No hay nada que pueda hacer; yo no soy responsable»? ¿Será la salvación de su alma inmortal lo único respecto de lo cual no puede hacer nada? Usted puede hacer muchas cosas en el servicio del mundo, del yo y de Satanás, pero cuando se trata de Dios, del alma y de la eternidad, cándidamente dice: «No hay nada que pueda hacer; yo no soy responsable».

¡Ah! esto nunca resolverá la cuestión. Este tipo de argumento es fruto de una teología parcial. Es el resultado del más pernicioso razonamiento de la mente humana sobre ciertas verdades de las Escrituras, que son así distorsionadas y tristemente mal aplicadas. No puede tenerse en pie. Llamamos la atención del lector en cuanto a esto. De nada le servirá argumentar de ese modo. El pecador es responsable; y toda la teología, las insidiosas, aunque plausibles, objeciones y los razonamientos juntos, nunca lograrán menoscabar la gravedad y seriedad de este hecho.

Por lo tanto, rogamos al lector que, como Lidia, trate con seriedad la cuestión de la salvación de su alma, y que, en comparación con esta cuestión de tanto peso –la salvación de su preciosa alma–, considere cualquier otra cuestión, cualquier otro punto, cualquier otro asunto, como una mota de polvo en la balanza. Y entonces podrá estar seguro de que Aquel que envió a Felipe al eunuco, a Pedro al centurión, y a Pablo a Lidia, enviará al lector a alguien con un mensaje, y también abrirá su corazón para que lo reciba. No puede haber ninguna duda en cuanto a esto, pues la Escritura declara que Dios no quiere

que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento  
(2 Pedro 3:9).



Todos los que se pierden, después de haber escuchado el mensaje de salvación –la dulce historia del amor generoso de Dios y de la muerte y resurrección del Salvador– perecerán sin siquiera una sombra de excusa, y descenderán al infierno con su propia sangre sobre sus cabezas culpables. Sus ojos entonces serán abiertos para ver a través de todos los débiles argumentos por los que trataron de mantener una falsa posición, y se dejaron caer en el sopor del pecado y de la mundanidad.

Detengámonos ahora un poco “en lo que Pablo decía” (Hechos 16:14). El Espíritu de Dios no consideró oportuno darnos siquiera un breve esbozo de la predicación de Pablo en aquella reunión de oración. Por lo tanto, debemos considerar otros pasajes de la Escritura para formarnos una idea de lo que Lidia oyó de labios de Pablo en aquella ocasión tan interesante. Tomemos, por ejemplo, el famoso pasaje en el que Pablo recuerda a los corintios el evangelio que les había predicado. “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:1-4).

Ahora podemos concluir con seguridad que este pasaje contiene un compendio de las cosas que Pablo dijo en la reunión de oración en Filipos. El gran tema de la predicación de Pablo era Cristo: Cristo para el pecador, Cristo para el creyente, Cristo para la conciencia, Cristo para el corazón. Él nunca se dejó extraviar de este gran punto central, sino que hizo que todas sus predicaciones y enseñanzas girasen alrededor de él con admirable uniformidad. Cuando llamaba a los hombres –tanto a judíos como a gentiles– al arrepentimiento, la palanca que utilizaba era Cristo. Cuando los instaba a creer, el objeto que colocaba ante ellos para que creyesen, era Cristo, bajo la autoridad de las Escrituras. Cuando disertaba

acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero



(Hechos 24:25),

Cristo era el que daba la convicción y la fuerza moral de su argumento. En resumen, Cristo era la sustancia y el meollo, la suma y la esencia, el fundamento y la piedra angular de la predicación y la enseñanza de Pablo.

Pero, para nuestro actual propósito, hay tres grandes temas que encontramos en la predicación de Pablo, respecto de los cuales queremos llamar la atención del lector. Tenemos, en primer lugar, la gracia de Dios; en segundo lugar, la persona y obra de Cristo; y en tercer lugar, el testimonio del Espíritu Santo, según consta en las Santas Escrituras. No vamos a tratar de profundizar aquí estos temas tan extensos; solo los mencionaremos, e invitaremos al lector a reflexionar sobre ellos, a meditar en ellos y a que procure apropiarse de ellos.

### *La gracia de Dios*

En primer lugar, la gracia de Dios –Su libre y soberano favor– es la fuente de donde mana la salvación –la salvación en toda su extensión, en toda su profundidad, en el sentido más amplio de esta preciosa palabra–; salvación que desciende, como una cadena de oro, desde el seno de Dios hasta el más profundo abismo de la culpa y la condición arruinada del pecador, y que sube de nuevo al trono de Dios; salvación que satisface todas las necesidades del pecador, que cubre toda la historia del creyente y que glorifica a Dios de la manera más elevada posible.

### *La Persona de Cristo*

La persona de Cristo –y su obra terminada– constituyen el único canal por el cual la salvación puede fluir hacia el pecador perdido y culpable. No es la Iglesia, con sus sacramentos, ni la religión, con sus ritos y ceremonias; nada que provenga del hombre o de sus hechos, cualquiera que sea su forma o apariencia, sino la muerte y resurrección de Cristo. “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y... fue sepultado, y... resucitó al tercer día” (1 Corintios 15:3-4). Este fue el evangelio que Pablo predicó, mediante el cual los corintios fueron salvos, y sobre el cual el apóstol declara con solemne énfasis: “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gálatas 1:9). ¡Tremendas palabras para nuestros días!

### *La autoridad*

Por último, la autoridad sobre la cual recibimos la salvación es el testimonio del Espíritu Santo en las Escrituras. Es “conforme a las Escrituras”. Esta es una muy sólida y reconfortante verdad. No es cuestión de nuestros sentimientos o experiencias o pruebas; es una simple cuestión de fe en la Palabra de Dios, producida en el corazón por el Espíritu de Dios.

Dondequiera que el Espíritu de Dios obre, allí seguramente Satanás estará también ocupado, y esto merece la seria reflexión del evangelista. Debemos recordar esto, y estar siempre preparados para ello. El enemigo de Cristo y de las almas siempre está vigilando, siempre anda rondan-

do para ver lo que puede hacer, ya para estorbar o para corromper la obra del Evangelio. No es necesario que esto haya de aterrorizar y mucho menos desalentar al obrero; pero es bueno tener esto en cuenta y no bajar la guardia. Satanás hará esfuerzos de todo tipo para desfigurar o impedir la bendita obra del Espíritu de Dios. Ha demostrado ser el enemigo vigilante e incansable de esa obra, desde los días del Edén hasta ahora.

Si rastreamos la historia de Satanás, lo hallaremos actuando de dos maneras: como serpiente o como león: usando de astucia o de violencia. Él tratará de engañar, y, si no tiene éxito, entonces usará de violencia. Esto es lo que sucede en el capítulo 16 de los Hechos. El corazón del apóstol había recibido aliento y refrigerio por aquello que nuestros contemporáneos llamarían «un hermoso caso de conversión». La conversión de Lidia había sido muy real y decisiva en todos sus aspectos. Era algo directo, positivo e incuestionable. Había recibido a Cristo en su corazón y, a partir de entonces, entró en terreno cristiano al someterse al bautismo, esta ordenanza de significado tan profundo. Pero eso no fue todo. Ella inmediatamente abrió su casa a los mensajeros del Señor. No se trató de una mera profesión de labios –de simplemente *decir* que creía–. Ella demostró su fe en Cristo, no solo al pasar bajo las aguas del bautismo, sino también al identificarse, ella y su casa, con el nombre y la causa de esa bendita Persona a quien había recibido en su corazón por la fe.

Todo esto era claro y satisfactorio. Pero ahora vamos a ver algo muy diferente. La serpiente entra en escena en la persona del engañador.

## **El engañador**

“Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando. Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, este se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (Hechos 16:16-18).

Se trataba, pues, de un caso que tenía el expreso propósito de probar la espiritualidad e integridad del evangelista. La mayoría de los hombres habría dado la bienvenida a tales palabras provenientes de la boca de esta muchacha, como un testimonio alentador para la obra. ¿Por qué entonces Pablo estaba afligido? ¿Por qué no le permitió a la muchacha seguir dando testimonio del objetivo de su misión? ¿Acaso ella no estaba diciendo la verdad? ¿No eran ellos siervos del

Dios Altísimo? ¿Acaso no estaban anunciando el camino de la salvación? ¿Por qué afligirse entonces? ¿Por qué silenciar un testimonio así? Porque provenía de Satanás; y, con toda seguridad, el apóstol no iba a recibir un testimonio de él. Pablo no podía permitir que Satanás le ayudase en su obra. Es cierto que podría haber caminado por las calles de Filipos siendo honrado y reconocido como un siervo de Dios, si tan solo hubiese consentido en permitir que el diablo le diera una mano en la obra. Pero Pablo no podía estar de acuerdo con esto. Nunca podría permitir que el enemigo se mezclase con la obra del Señor. Si lo hubiera hecho, habría dado el golpe mortal al testimonio en Filipos. Permitir que Satanás pusiese su mano en la obra, habría significado el naufragio total de la misión a Macedonia.

Para el obrero del Señor, considerar este asunto es algo de profunda importancia. Podemos estar seguros de que la historia de esta muchacha fue escrita para nuestra instrucción. No es solamente un registro de lo sucedido, sino una muestra de lo que puede suceder, y sucede, todos los días. La cristiandad está llena de falsa profesión. Hay multitudes de falsos cristianos hoy en día, esparcidos en los vastos dominios de la profesión cristiana. Es triste decir esto, pero es así, y debemos llamar la atención del lector sobre este hecho. Estamos rodeados por todas partes de aquellos que dan un mero asentimiento nominal a las verdades de la religión cristiana. Viven semana tras semana y año tras año, profesando creer en ciertas cosas en las que realmente no creen en absoluto. Miles profesan cada día del Señor creer en el perdón de los pecados; pero, si tales personas fuesen examinadas, se descubriría que, o no piensan en absoluto en el asunto o, si piensan, consideran que es la presunción más atrevida el hecho de que alguien tenga la certeza de que sus pecados son perdonados.

Esto es algo muy serio. Basta pensar en una persona que se pone en pie delante de Dios y dice: «Creo en el perdón de los pecados», y que, al mismo tiempo, ¡no está creyendo en tal cosa! ¿Puede haber algo que endurezca tanto el corazón o que amortigüe tanto la conciencia como esto? Estamos persuadidos de que las ceremonias y los formalismos de la cristiandad profesante<sup>2)</sup> están ocasionando más destrucción a las almas preciosas que todas las formas de depravación moral juntas. Es verdaderamente aterrador ver en este preciso momento a tanta multitud arrojándose por la senda trillada, por el camino ancho y fácil de la profesión religiosa, que conduce a las llamas eternas del infierno. Nos sentimos impelidos a lanzar una voz de advertencia. Queremos que el lector preste solemnemente atención a este asunto.

Solo mencionamos un punto en particular, por cuanto se refiere a un asunto de interés e importancia generales. ¡Qué pocos, relativamente, tienen claridad y firmeza en cuanto al asunto del perdón de los pecados! ¡Qué pocos son capaces de decir, con calma, con decisión y de forma inteligente, «sé que mis pecados son perdonados»! ¡Qué pocos están realmente gozando del pleno perdón de los pecados por la fe en aquella preciosa sangre que “nos limpia de todo pecado”! ¡Qué solemne es, pues, cuando oímos decir a algunas personas: «Creo en el perdón de los pecados», cuando, en realidad, no creen en las palabras que salen de sus propias bocas!

¿Acaso el lector tiene la costumbre de usar esta forma de lenguaje? ¿Acaso cree en esto? Dígame, querido lector: ¿son perdonados sus pecados? ¿Ha sido lavado en la preciosa sangre expiatoria de Cristo? Si no, ¿por qué no? El camino está abierto. No hay ningún obstáculo. Le invitamos ahora mismo a gozar de los beneficios gratuitos de la obra expiatoria de Cristo. Aunque sus pecados fueren como la grana; aunque fueren oscuros como la medianoche, negros como el mismo infierno; aunque se eleven como una aterradora montaña ante la vista de su atribulada alma, y quieran hacer que se hunda en la perdición eterna; no obstante, estas palabras brillan en las páginas de la inspiración con divino y celestial resplandor:

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado



(1 Juan 1:7).

Pero mire bien, querido amigo; no siga adelante, semana tras semana, burlándose de Dios, endureciendo su corazón y haciendo uso de los métodos del gran enemigo de Cristo, por medio de una falsa profesión cristiana. Esto es lo que caracterizaba a la joven poseída por un espíritu de adivinación, y su historia aquí está ligada a la terrible condición de la cristiandad actual. ¿Dónde estaba puesto el acento de lo que proclamaba esta joven durante esos “muchos días” (v. 18) en los cuales el apóstol analizaba cuidadosamente su caso? “Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación” (Hechos 16:17). Pero ella no era salva –no era libre–; estaba todo el tiempo bajo el poder de Satanás. Y Satanás, además, buscaba valerse de ella con el propósito de frustrar y estorbar la obra del Evangelio.

Lo mismo ocurre con la cristiandad, con todos los falsos profesantes en todos los ámbitos de la iglesia profesante. Los que profesan creer en el perdón de los pecados, pero que en realidad no creen en ello –no saben que sus pecados son perdonados, ni creen que nadie pueda saberlo hasta el día del juicio–, están, en principio, sobre el mismo terreno que la muchacha que tenía espíritu de adivinación. Lo que ella decía era cierto, pero no lo decía de corazón. Y eso era lo terrible



del caso. Una cosa es decir o afirmar lo que es verdadero, y otra muy distinta es decirlo desde el corazón. ¿De qué le servía repetir todos los días la frase «ellos nos anuncian el camino de salvación», si seguía estando en la misma condición, sin ser salva y sin bendición alguna? No conocemos nada –ni en los más profundos abismos de mal moral, ni en las más tenebrosas sombras del paganismo– que sea más verdaderamente horrible que el estado de descuido, endurecimiento, autosatisfacción y mundanalidad de cristianos profesantes que, cada domingo, cada día del Señor, hacen declaraciones, tanto en sus oraciones como en sus cánticos, con palabras que, en lo que concierne a sí mismos, son totalmente falsas.

Este pensamiento es, a veces, casi abrumador. No podemos detenernos más en este asunto. Es realmente muy triste. Debemos seguir adelante, después de haber advertido solemnemente una vez más al lector contra cualquier indicio o sombra de falsa profesión cristiana. Que no vaya a decir ni cantar algo que no cree de corazón. El diablo está detrás de toda falsa profesión cristiana, y, por este medio, busca traer descrédito a la obra del Señor.

Pero ¡cuán refrescante es contemplar la actitud del fiel apóstol en el caso de la muchacha! Si él hubiese buscado su propio interés, o si hubiese sido simplemente un ministro religioso, quizás habría dado una calurosa bienvenida a las palabras de ella, como un afluente para elevar la marea de su popularidad, o para promover el interés en favor de su causa. Pero Pablo no era un simple ministro religioso; él era un ministro de Cristo –algo completamente diferente–. Y hay que señalar que la muchacha no dijo ni una palabra acerca de Cristo. Ella no menciona el precioso e inestimable nombre de Jesús. Hay un silencio total acerca de Él. Esto denota que todo provenía de Satanás.

Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo



(1 Corintios 12:3).

La gente puede hablar de Dios y de religión; pero Cristo no tiene cabida en sus corazones. Los fariseos, en el capítulo 9 de Juan, podían decirle al pobre hombre: “Da gloria a Dios”; pero, al hablar de Jesús, dijeron: “Este hombre es pecador” (Juan 9:24-25).

Esto es lo que ocurre siempre en el caso de la religión corrupta o falsa profesión. Es lo que ocurrió con la muchacha de Hechos 16: No había una sola sílaba acerca de Cristo. No había nada de verdad, ni vida ni realidad. Era algo falso y vacío. Era algo proveniente de Satanás; y por eso Pablo no lo habría aceptado, ni habría podido aceptarlo; estaba perturbado por eso y acabó rechazándolo por completo.

¡Ojalá todos fueran como Pablo! ¡Ojalá todos tuviesen un *ojo sencillo* para detectar, y un corazón íntegro para rechazar, la obra de Satanás en mucho de lo que está aconteciendo a nuestro alrededor! Estamos totalmente convencidos de que el Espíritu de Dios ha escrito la historia de esta muchacha para nuestra instrucción. Puede que se alegue que no tenemos casos similares hoy día. A lo que respondemos: ¿con qué finalidad el Espíritu Santo escribió el relato? ¡Lamentablemente, hay miles de casos en este momento que se corresponden con el de la muchacha! No podemos sino considerarlo como un ejemplo, una ilustración de la falsa profesión de la cristianidad, la cual manifiesta mucho más las mañas y sutiles astucias del enemigo que la que se puede hallar en las miles de formas que puede revestir la depravación moral. Cualquiera puede juzgar el robo, la embriaguez y cosas similares; pero se requiere un ojo ungido con colirio celestial para detectar las astutas acciones de la serpiente que tienen lugar detrás del velo de la bella profesión de un mundo bautizado.

Pablo, por la gracia, tenía este *ojo sencillo*. No podía ser engañado. Vio que todo el asunto era un esfuerzo de Satanás para mezclarse con la obra, a fin de poder neutralizarla por completo.

“ Mas desagradando a Pablo, este se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora (Hechos 16:18).

Esa era una actitud verdaderamente espiritual. Pablo no iba de ninguna manera a precipitarse a entrar en conflicto con el mal, ni siquiera a tomar una posición prematura al respecto. Esperó “muchos días”; pero tan pronto como el enemigo fue detectado, Pablo lo resistió y lo repelió con incuestionable decisión. Un obrero menos espiritual habría dejado pasar todo esto, pensando que podría ser de provecho y de ayuda en el desenvolvimiento de la obra. Pablo pensaba de manera diferente; y no se equivocó. No podía recibir ninguna ayuda de Satanás. No podía trabajar bajo tal influencia; por lo que, en el nombre de Jesucristo —el nombre que el enemigo con tanto cuidado omitió— echó fuera a Satanás.

Pero no bien Satanás fue repelido como serpiente, asumió el carácter de león. Cuando no logra sus objetivos con su astucia, entonces usa de violencia. “Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron al foro, ante las autoridades; y presentándolos a los magistrados, dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos. Y se

agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad” (Hechos 16:19-23).

Así pues, el enemigo parece triunfar; pero hay que recordar que los guerreros de Cristo conquistan sus más espléndidas victorias a través de aparentes derrotas. El diablo cometió un gran error cuando echó al apóstol en la cárcel. Es verdaderamente consolador pensar que él nunca hizo otra cosa que cometer grandes errores, desde que dejó su estado original hasta el momento actual. Toda su historia, de principio a fin, es un tejido de errores.

Por lo tanto, como ya se ha señalado, el diablo cometió un gran error al echar a Pablo en la cárcel de Filipos. A los ojos de la carne, podía parecer otra cosa; pero, desde el punto de vista de la fe, el siervo de Cristo estaba en un lugar mucho más apropiado para él, estando en la cárcel por causa de la verdad, que si estuviese fuera de ella a expensas de su Maestro. Es cierto que Pablo podría haberse librado. Podría haber sido un hombre honorable, aceptado y reconocido como «siervo del Dios Altísimo», si solo hubiera aceptado el testimonio de la muchacha y permitido que el diablo lo ayudase en su trabajo. Pero él no podía hacer esto y, por lo tanto, tenía que sufrir. “Y se agolpó el pueblo [siempre inconstante y fácilmente influenciado] contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas. Después de haberles azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad. El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo” (Hechos 16:22-24).

Algunos bien podían haber dicho que ese era el final de la obra del evangelista en la ciudad de Filipos. Que se puso término a su predicación. Pero no fue así; la prisión era en ese momento el lugar más apropiado para el evangelista. Su trabajo estaba allí. Dentro de los muros de esa prisión había de encontrar una congregación que no habría podido encontrar fuera. Pero esto nos lleva al tercero y último de los eventos: el caso del pecador endurecido.

## **El pecador endurecido**

Era muy improbable que el carcelero tuviese abierto el camino hasta la reunión de oración junto al río. No le importaban esas cosas. No era uno de los que buscan sinceramente, ni tampoco un engañador. Era un pecador endurecido, con una profesión que lo volvía aún más insensible. Por la propia exigencia de su trabajo, los carceleros son generalmente hombres duros y severos. No hay duda de que hay excepciones. Hay algunos hombres de corazón tierno que pueden hallarse

en tales ocupaciones; pero, como regla general, los carceleros no son tiernos de corazón. El tipo de oficio que ejercen difícilmente permitiría que sean así. Ellos tienen que lidiar con la peor clase de la sociedad. No son ajenos a la mayoría de los delitos que ocurren en todo el país; y muchos de estos delincuentes son puestos a su cuidado. Por estar habituados a tratar con lo rudo y lo grosero, terminan volviéndose también rudos y groseros.

Ahora, a juzgar por el relato inspirado que tenemos ante nosotros, bien podemos preguntarnos si el carcelero de Filipos no era una excepción a la regla general sobre esa clase de hombres. Ciertamente, no parece haber sido muy considerado para con Pablo y Silas. “Los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo” (Hechos 16:24). Parece haber hecho todo lo posible para hacerlos sentir incómodos.

Pero Dios tenía una rica misericordia reservada para ese pobre, insensible y cruel carcelero; y como todo indica que nunca iría a escuchar el Evangelio, el Señor le envió el Evangelio a él; es más, hizo que el diablo fuese el instrumento para llevarle el Evangelio. Poco sabía el carcelero a quién tenía a su cargo dentro de la cárcel. Apenas podía imaginar lo que ocurriría antes de que viese de nuevo la luz del sol. Y, podemos añadir, el diablo no tenía idea de lo que estaba haciendo cuando mandó a los predicadores del Evangelio a la cárcel, para ser allí los medios utilizados por Dios para la conversión del carcelero. Pero el Señor Jesucristo sabía lo que iba a hacer en el caso de aquel pobre y endurecido pecador. Puede hacer que la ira del hombre lo alabe y reprimir el resto de las iras (véase Salmo 76:10).

*Dondequiera que opera,  
Todo se inclina a su poder,  
Todo acto Suyo es pura bendición,  
Y Su senda, luz pura ha de ser.*

*Cuando desnuda Él su brazo,  
¿Quién puede oponerse a su mover?  
Cuando defiende la causa de su pueblo,  
¿Qué fuerza lo podrá detener?*

El Señor tenía el propósito de salvar al carcelero; y Satanás no solo era incapaz de frustrar ese propósito, sino que acabó siendo el instrumento para lograrlo. El propósito de Dios permanecerá, y hará todo lo que quisiere (Isaías 46:10). Y siempre que pone su amor en un pobre, miserable y culpable pecador, lo introducirá en el cielo, pese a toda la malicia y furia del infierno.

En cuanto a Pablo y Silas, es evidente que en esa prisión, estaban donde debían estar. Estaban allí *por causa de la verdad* y, por tanto, *el Señor estaba con ellos*. Por eso estaban plenamente felices. Aunque habían sido confinados entre las oscuras paredes de esa prisión, con los pies asegurados en el cepo, esas mismas paredes no podían contener sus espíritus. Nada puede impedir el gozo de alguien que tiene al Señor consigo. Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban felices en el horno de fuego. Daniel estaba feliz en el foso de los leones; y Pablo y Silas estaban felices en el calabozo de Filipos:

“ Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían (Hechos 16:25).

¡Qué sonidos extraños salían de las profundidades de un calabozo! Podemos decir seguramente que, sonidos como esos nunca antes habían salido de allí. Maldiciones, execraciones y blasfemias pueden haberse escuchado; lamentos, llantos y gemidos se oyen siempre desde esas paredes. Pero debe haber sido extraño escuchar esos acentos de alabanza y oración entonados a la medianoche. La fe puede cantar en un calabozo con la misma dulzura que canta en una reunión de oración. No importa dónde estemos, siempre que tengamos a Dios con nosotros. Su presencia ilumina la celda más oscura, y transforma un calabozo en la puerta misma del cielo. Él puede hacer felices a sus siervos, independientemente de dónde se encuentren, y les puede dar la victoria en las circunstancias más adversas, haciendo que den voces de júbilo donde seguramente la naturaleza humana estaría extremadamente afligida.

Pero el Señor tenía sus ojos puestos en el carcelero. Había escrito su nombre en el libro de la vida del Cordero antes de la fundación del mundo, y estaba a punto de introducirlo en el más pleno gozo de la salvación que Él da.

“ Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron (Hechos 16:26).

Si Pablo no hubiese estado en plena comunión con el pensamiento y el corazón de Cristo, seguramente habría recurrido a Silas y le habría dicho: «Ha llegado la hora de escaparnos. Dios se presentó de manera muy evidente en nuestro auxilio y nos dejó una puerta abierta. Nunca hubo una puerta tan claramente abierta por la providencia divina como ahora». Pero no; Pablo lo sa-

bía bien. Estaba totalmente inmerso en la corriente de los pensamientos de su bendito Maestro, y en completa armonía con Su corazón. Por eso no hizo ningún intento por escapar. *La verdad* lo llevó a la cárcel; *la gracia* lo mantuvo allí; *la providencia* le abrió la puerta; pero *la fe* se negó a huir. Las personas hablan de dejarse guiar por la providencia; pero si Pablo se hubiese dejado guiar así, nunca habría tenido al carcelero como una joya en su corona.

“ Despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos habían huido (Hechos 16:27).

Esto demuestra claramente que el terremoto, con todo lo que provocó, no había siquiera tocado el corazón del carcelero. Cuando vio las puertas abiertas, supuso naturalmente que todos los presos se habían escapado. No podía imaginar que había un grupo de presos sentados en silencio en sus celdas mientras las puertas estaban abiertas y las cadenas sueltas. ¿Y qué habría pasado con él si los presos se hubiesen escapado? ¿Cómo podía comparecer ante las autoridades? Sería imposible hacerlo. Cualquier cosa sería mejor que esto. Era preferible la muerte, incluso por sus propias manos.

Y así el diablo condujo a este pecador endurecido hasta el borde del precipicio, y estaba a punto de dar el empujón final y fatal que lo llevaría a las eternas llamas del infierno, cuando una voz de amor sonó en sus oídos. Era la voz de Jesús a través de los labios de Su siervo –una voz de tierna y profunda compasión–: “*No te hagas ningún mal*”.

Esto era irresistible. Un pecador endurecido podía enfrentar un terremoto. Podía incluso enfrentar la muerte; pero no pudo resistir el inmenso, tierno y quebrantador poder del amor.

“ El entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se prostró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? (Hechos 16:30).

El amor puede quebrantar el corazón más duro. Y con toda certeza había amor en esas palabras, “No te hagas ningún mal”, que salieron de los labios de aquel a quien el carcelero había hecho tanto daño unas horas antes. Y hay que observar que no había, en las palabras de Pablo, ni una sílaba de reprobación o reproche dirigida al carcelero. Todo era conforme a Cristo. Tal es la vía ordinaria de la gracia divina. Si recorremos los evangelios, nunca encontraremos al Señor reprochando al pecador. Él siempre tiene lágrimas de compasión; siempre tiene palabras conmove-

doras de gracia y de ternura; pero no hay ningún reproche en sus palabras. No hay reproche ni tacha dirigidos al pobre y afligido pecador. No podemos dar aquí los muchos ejemplos y pruebas de esta afirmación; pero el lector solo tiene que leer los Evangelios para ver que es verdad. Leamos la historia del hijo pródigo; o la del ladrón en la cruz. Ni una palabra de reproche a ninguno de ellos.

Así ocurre en todos los casos; y así fue con el Espíritu de Dios en Pablo. No dice una sola palabra por el duro trato que recibió –por haber sido metido en el calabozo de más adentro–, ni le dice nada por haberle asegurado los pies en el cepo. “No te hagas ningún mal”. Y luego:

**Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa**  
**(Hechos 16:31).**

Tal es la rica y preciosa gracia de Dios. Brilla, en esta escena, con extraordinario fulgor. Ella se complace en tomar pecadores endurecidos para derretir y conquistar sus duros corazones, e introducirlos en el pleno fulgor de una salvación completa; y todo esto de una manera especial y propia de ella misma. Sí, Dios tiene su propia manera de hacer las cosas, bendito sea su nombre; y cuando él salva a un miserable pecador, lo hace de una manera tal que demuestra plenamente que todo su corazón está involucrado en esa obra. Él se deleita en salvar a un pecador –aun al mayor– y lo hace de una manera digna de Sí mismo.

Vamos a ver ahora el fruto de todo esto. La conversión del carcelero era inconfundible. Salvado del borde del infierno, fue introducido en la misma atmósfera del cielo. Preservada su vida de la autodestrucción, fue llevado al círculo de la salvación de Dios; y las evidencias de ello fueron tan claras como se podría desear. “Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hechos 16:34).

¡Qué maravilloso cambio! ¡El cruel carcelero se convirtió en un amable huésped!

**Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he**  
**aquí todas son hechas nuevas**  
**(2 Corintios 5:17).**

¡Con qué claridad podemos ver que Pablo hizo bien en no dejarse guiar por la providencia! ¡Cuánto mejor y más elevado es dejarse guiar por los “ojos” de Dios (Salmo 32:8)! ¡Qué eterna pérdida habría sido si hubiese salido por aquella puerta abierta! ¡Cuánto mejor fue dejarse llevar fuera por la misma mano que lo había puesto allí; una mano que una vez fue un instrumento

de crueldad y de pecado, pero que ahora era un instrumento de justicia y de amor! ¡Qué magnífico triunfo! ¡Qué escena! ¡Qué lejos estaba el diablo de imaginar que el encarcelamiento de los siervos del Señor tendría un resultado así! El diablo fue totalmente burlado. Le salió el tiro por la culata. Pensó que obstaculizaría el Evangelio, pero ¡oh!, se vio colaborando con su expansión. Quería deshacerse de los dos siervos de Cristo, pero ¡oh!, terminó perdiendo uno de los suyos. Cristo es más fuerte que Satanás; y todos los que confían en el Señor y siguen la corriente de sus pensamientos, sin duda compartirán los triunfos de su gracia ahora, y brillarán en el resplandor de Su gloria para siempre.

Con esto concluimos lo relativo a “la obra de evangelista”. Tales son las circunstancias por las que puede tener que pasar; tales son los casos con los que puede entrar en contacto. Vimos satisfecho al que busca ansiosamente; vimos al engañador, silenciado; y vimos al pecador endurecido, salvado. ¡Que todos los que siguen predicando el evangelio de la gracia de Dios sepan cómo tratar los distintos tipos de caracteres que puedan encontrar en su camino! ¡Que muchos puedan ser levantados para hacer la obra de evangelista!



# Cartas a un amigo sobre la obra de evangelización

## Primera carta - En busca de las almas

Querido amigo A.:

Ha sido de mucho interés y, espero, de mucho provecho en estos últimos tiempos seguir en los Evangelios y en los Hechos las distintas huellas de la obra de la evangelización; y puesto que tú estás tan ocupado en esta bendita obra, me ha parecido que no sería inoportuno presentarte algunos pensamientos que me vienen a la mente. Me siento mucho más a mis anchas empleando este medio que si tuviese que escribir un tratado formal sobre el asunto.

Ante todo, me sorprende sobremanera la simplicidad con que se llevaba adelante la obra de evangelizar en los primeros tiempos; qué diferente, en gran parte, de lo que hoy acostumbramos a hacer. Me parece que nosotros, hombres modernos, estamos demasiado maniatados por reglas convencionales, demasiado encadenados por las costumbres de la cristiandad. Es deplorable nuestra falta de lo que podría llamar «elasticidad espiritual». Somos llevados a pensar que para evangelizar hace falta un don especial, y que, incluso donde hay este don especial, vemos un gran despliegue de ingenio y organización humanos. Cuando hablamos de hacer la obra de evangelista (2 Timoteo 4:5), la mayoría de nosotros imaginamos grandes salas públicas abarrotadas de gente, que exigen un don y un poder para hablar considerables.

Ahora bien, tanto tú como yo creemos plenamente que, para predicar el Evangelio en público, hace falta un don especial proveniente de la Cabeza de la Iglesia; y, además, creemos que, de acuerdo con Efesios 4:11, Cristo ha dado y todavía da “evangelistas”. Esto está claro, si hemos de ser guiados por la Escritura. Pero veo en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles que una buena parte de la obra evangelística tan bendita fue cumplida por personas que no eran del todo dotadas de una manera especial, sino que tenían un amor ardiente por las almas y un sentimiento profundo del valor de Cristo y de su salvación. Además, veo en aquellos que eran especialmente dotados, llamados y establecidos por Cristo para predicar el Evangelio, una simplicidad, libertad y naturalidad en su manera de obrar, que deseo vivamente no solo para mí, sino para todos mis hermanos.

Examinemos un poco la Escritura. Tomemos esa hermosa escena de Juan 1:36-45. Juan derrama su corazón en testimonio a Jesús: “He aquí el Cordero de Dios”. Su alma estaba absorbida por aquel glorioso Objeto. ¿Cuál fue el resultado? “Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús”. ¿Y qué sigue? “Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a

Juan, y habían seguido a Jesús”. ¿Y qué hizo? “*Este halló primero a su hermano Simón*, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús”. Y también: “El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme... *Felipe halló a Natanael*, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José... *Ven y ve*”.

He aquí, pues, querido A., el estilo, la manera que tanto anhelo; esta obra individual, que consiste en echar mano de la primera persona que se nos cruza por el camino; en encontrar a nuestro propio hermano y llevarlo a Jesús. Siento que nuestros esfuerzos en este sentido son insuficientes. Está muy bien reunir muchas personas y predicarles el Evangelio, en la medida que Dios nos de la capacidad y la oportunidad para ello. No escribiría una sola palabra en desmedro del valor de ese modo de trabajo. Procuremos siempre alquilar salas, salones y teatros; distribuyamos invitaciones para que venga la gente; tratemos por todos los medios legítimos de divulgar el Evangelio. Procuremos llegar a las almas de la mejor manera que podamos. Lejos esté de mí desalentar a cualquiera que trabaja en la obra de esta manera pública.

Pero, ¿no te resulta llamativo que nos falte más de la obra individual; más de este trato privado, serio y personal con las almas? ¿No crees que si tuviéramos más Felipes, también tendríamos más Natanaeles? ¿Y que si tuviéramos más Andrés, tendríamos más Simones? Todo me lleva a creer que sí. Hay un poder admirable en un serio llamado personal. ¿No descubres a menudo que solo después de la predicación pública más formal, cuando comienza la íntima obra personal, las almas son alcanzadas? ¿A qué se debe, pues, que se vea tan poco este último tipo de actividad? ¿Acaso no sucede a menudo en nuestras predicaciones públicas que, cuando ha finalizado el discurso, se ha cantado un himno y se ha hecho una oración, todos se dispersan sin que ningún hermano intente acercarse a uno de los oyentes? Yo no hablo aquí, nóvalo bien, del predicador –que posiblemente no será capaz de atender a cada uno en detalle–, sino de las veintenas de cristianos que lo han estado escuchando. Estos vieron entrar gente nueva en la sala; se sentaron a su lado; notaron tal vez su interés, y hasta vieron que se les escaparon algunas lágrimas; y sin embargo, dejaron que se fueran sin hacer un solo esfuerzo de amor por alcanzarlas o por continuar la buena obra.

Sin duda se puede decir: «Es mucho mejor dejar al Espíritu Santo cumplir su obra. Nosotros podemos hacer más mal que bien. Además, a las personas no les gusta que les dirijan la palabra; podría parecerles una indiscreción que puede terminar ahuyentándolas del lugar de reunión». Hay mucho de verdad en todo esto. Lo tengo muy en cuenta, y estoy seguro de que tú también,

mi querido A. Temo que grandes errores sean cometidos por personas poco juiciosas, que se entrometen en la sagrada privacidad de los santos y profundos ejercicios de un alma. Ello requiere tacto y discernimiento; en resumidas cuentas, es preciso ser guiados espiritualmente para poder tratar con las almas; para saber a quién hablar y qué se debe decir.

Pero, admitiendo todo esto, como lo hacemos de la manera más plena posible, pienso que coincidirás conmigo en que, por regla general, hay algo que falta en nuestras predicaciones públicas. ¿No hay acaso demasiado poco de aquel interés afectuoso, profundo y personal por las almas, que podría expresarse de mil maneras diferentes, todas aptas para actuar eficazmente sobre el corazón? Confieso que solí estar apenado de lo que he podido observar en nuestras reuniones de predicación. Entra gente nueva y desconocida y se les deja que busquen un asiento como puedan. Nadie parece pensar en ellos. Hay cristianos presentes, pero difícilmente se moverían para hacer lugar a los visitantes. Nadie les ofrece una Biblia o un himnario. Y cuando finaliza la predicación, se les deja ir así como vinieron, sin ninguna palabra de afecto preguntando si gozaron o no de la verdad anunciada; ni siquiera un gesto de cordialidad que podría ganar la confianza del visitante y dar lugar a una conversación. Al contrario, hay una fría reserva que va casi hasta la repulsión.

Todo esto es muy triste; y tal vez, querido A. me digas que he pintado un cuadro con tintes un poco exagerados. ¡Ay, el cuadro es solo demasiado verdadero! Y lo que lo hace más deplorable todavía, es el hecho de que uno sabe que muchas personas frecuentan nuestros lugares de predicación y de lectura, pasando por grandes luchas y profundos ejercicios de alma, deseando abrir sus corazones a cualquiera que les ofrezca algún consejo espiritual; pero, ya sea por timidez, reserva o nerviosismo, evitan tomar una iniciativa, y tienen que retirarse solitarios y tristes a sus hogares y recámaras, para derramar sus lágrimas en la soledad, ya que nadie se interesó por sus preciosas almas. Ahora bien, estoy persuadido de que eso podría evitarse en gran parte si los cristianos que escuchan las predicaciones del Evangelio tuviesen más interés en *la búsqueda* de las almas: si no asistieran únicamente para su propio provecho, sino también para ser colaboradores de Dios procurando llevar almas a Jesús. Sin duda, es muy refrescante para los cristianos oír el Evangelio predicado de modo pleno y fiel. Pero no sería menos refrescante para ellos interesarse vivamente en la conversión de los pecadores y orar más por este asunto. Además, el gozo y provecho personal que obtienen de la predicación, no se verían para nada afectados –más bien, todo lo contrario– si cultivasen y manifestasen un vivo y afectuoso interés por aquellos que los rodean, y si, al término de la reunión, buscasen ayudar a alguien que pudiera tener la necesidad

y el deseo de ser ayudado. Un efecto sorprendente puede ser producido en el predicador, en la predicación y en toda la reunión cuando los cristianos presentes se encuentran verdaderamente asumiendo y ejerciendo sus santas y elevadas responsabilidades para con Cristo y las almas. Ello comunica un tono diferente y genera una atmósfera peculiar que solo puede comprenderse cuando se la experimenta; pero una vez experimentada, no se puede prescindir de ella tan fácilmente.

Pero, ¡lamentablemente, cuántas veces ocurre lo contrario! ¡Cuán frío, triste y desalentador es ver a menudo a toda la congregación dispersarse tan pronto como termina la predicación! Ningún grupo amoroso dedicando tiempo alrededor de los nuevos convertidos o de los buscadores angustiados y llenos de dudas. Viejos cristianos experimentados han estado presentes; pero en vez de quedarse más tiempo con la plena esperanza de que Dios pueda usarlos para “hablar en sazón palabra al cansado” (Isaías 50:4, RV 1909), salen a toda prisa, como si fuese una cuestión de vida o muerte estar en casa a determinada hora.

No supongas, querido A., que deseo establecer reglas para mis hermanos. Lejos está de mí ese pensamiento. Doy simplemente, en toda libertad, libre curso a los pensamientos de mi corazón, compartiéndolos con alguien que por muchos años ha sido mi compañero de obra en la evangelización. Estoy convencido de que falta algo. Tengo la firme persuasión de que ningún cristiano se encuentra en buenas condiciones si no busca, de una u otra forma, llevar almas a Cristo. Y, siguiendo el mismo principio, ninguna asamblea de cristianos está en buenas condiciones, si no es una asamblea enteramente evangelista. Todos debemos estar tras la búsqueda de las almas; y entonces –podemos estar seguros– veremos, como resultado, almas conmovidas y despertadas. Pero si nos conformamos con ir semana a semana, mes a mes y año tras año, sin que se mueva una hoja, sin ver una sola conversión, nuestro estado debe ser verdaderamente lamentable.

Pero creo que te oí decir: «¿Dónde se hallan, pues, todos los pasajes de la Escritura que debemos tener? ¿Dónde están las numerosas citas de los Evangelios y de los Hechos?». Bien, me he puesto a anotar sobre el papel los pensamientos que tanto tiempo ocuparon mi mente; y ahora el espacio no me permite extenderme por el momento. Pero si lo deseas, te escribiré una segunda carta sobre el mismo tema. Mientras tanto, ¡quiera el Señor, por su Espíritu, hacernos más deseosos de procurar la salvación de las almas inmortales mediante toda acción legítima! ¡Ojalá que nuestros corazones estén llenos de un verdadero amor por las almas preciosas, y entonces podemos estar seguros de que encontraremos la forma y los medios de llegar a ellas!

Siempre, créeme, querido A.

Muy afectuosamente en el Señor,

Tu compañero de yugo

C. H. M.

## Segunda carta - El Espíritu Santo

Querido amigo A.:

Hay un punto en relación con nuestro tema que ha ocupado mucho mi mente. Se trata de la inmensa importancia de cultivar una fe genuina en la presencia y bajo la acción del Espíritu Santo. Es menester que recordemos, en todo momento, que nosotros no podemos hacer nada, y que Dios, el Espíritu Santo, lo puede hacer todo. El versículo

“ No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos (Zacarías 4:6),

vale tanto para la gran obra de la evangelización como para todo lo demás. Tener esto siempre presente nos mantendrá humildes, pero también llenos de gozosa confianza. Humildes, por cuanto nosotros no podemos hacer nada; llenos de gozosa confianza, por cuanto Dios lo puede hacer todo. Además, tendría el efecto de mantenernos sobrios y tranquilos en nuestra obra; no fríos e indiferentes, sino calmos y serios, lo cual, de por sí, ya es una gran cosa precisamente en este tiempo. Me ha causado gran impresión una observación hecha recientemente por un viejo obrero en una carta dirigida a alguien que acababa de entrar en el campo de trabajo. Decía que «la excitación no es poder, sino debilidad. Fervor y energía provienen de Dios».

Esto es muy cierto y valioso. Pero me gusta tomar ambas expresiones juntas. Si las fuésemos a tomar por separado, pienso que, tanto tú como yo, preferiríamos la segunda; y por esta razón: temo que haya muchos que considerarían «excitación» aquello que tú y yo consideraríamos «fervor y energía». Ahora bien, confieso que me gusta que haya un profundo fervor en la obra. No puedo imaginar cómo alguien que comprende, en alguna medida, lo terrible que es la eternidad y la condición de aquellos que mueren en sus pecados, puede tomarse el asunto de otra manera que no sea con profundo fervor y con total seriedad. ¿Cómo puede alguien pensar en un alma inmortal, al borde del infierno y corriendo el peligro de ser arrojada en él en cualquier momento, y no ser serios y fervientes a ese respecto?

Pero eso no es excitación. Por *excitación* entiendo la actividad de la vieja naturaleza y el empleo de los esfuerzos de esa naturaleza tendientes a actuar sobre los sentimientos naturales; el empleo de métodos altamente persuasivos; de todo aquello que tiene que ver con lo puramente sensacional. Todo esto carece completamente de valor. Es efímero. Y no solo eso, sino que conduce a debilidad espiritual. Jamás encontramos el menor rastro de «excitación» en el ministerio de nuestro bendito Señor, ni en el de sus apóstoles; y, sin embargo, ¡qué fervor había! ¡Qué energía inagotable! ¡Qué ternura! Encontramos un fervor que siempre parecía acompañarlos; una energía que difícilmente se tomaba un momento de descanso o de refrigerio; y una ternura que podía llorar por los pecadores impenitentes. Vemos todo esto, pero no encontramos excitación. En una palabra, todo era fruto del Espíritu eterno, y todo era para gloria de Dios. Además, estaba siempre presente esa calma y solemnidad que conviene en la presencia de Dios, y ese profundo fervor que demuestra que la seria condición en que se encuentra el hombre era perfectamente comprendida.

Es precisamente esto, querido hermano, lo que necesitamos y lo que debemos cultivar con diligencia. Es una señal de infinita gracia el hecho de ser guardados de todo lo que es puramente «excitación natural», y, al mismo tiempo, estar debidamente impresionados por la magnitud y solemnidad de la obra. De esta manera, la mente se mantendrá en su debido equilibrio, y seremos preservados de la tendencia a ocuparnos de *nuestra* obra por el solo hecho de ser nuestra. Nos regocijaremos en el hecho de que Cristo sea glorificado y de que las almas sean salvas, quienquiera que sea el instrumento empleado.

Últimamente he estado pensando mucho en aquel tiempo memorable, hace exactamente diez años, cuando el Espíritu de Dios operó de forma tan maravillosa en la provincia de Ulster. Creo haber extraído una preciosa instrucción de lo que pude observar entonces. Fue un tiempo que nunca habrán de olvidar aquellos que tuvieron el privilegio de ser testigos presenciales de la magnífica ola de bendición que entonces inundó la región. Pero yo ahora hago alusión a ello en relación con el tema de la acción del Espíritu. No tengo la menor duda de que, en 1859, el Espíritu Santo fue contristado y estorbado por la intromisión del hombre. Recordarás, querido A., cómo comenzó esa obra. Recordarás la pequeña aula de la escuela al borde del camino, donde dos o tres se reunían semana tras semana para derramar sus corazones en oración a Dios, a fin de que él tuviera a bien irrumpir en medio de la muerte y la oscuridad que reinaban en derredor, y despertar Su obra y enviar Su luz y Su verdad con poder para la conversión de las almas. Tú sabes

bien cómo estas oraciones fueron oídas y respondidas. Tú y yo tuvimos el privilegio de movernos en medio de esas escenas que despertaban a las almas en la provincia de Ulster, y no dudo de que el recuerdo de esas escenas todavía esté fresco en tu memoria, como lo está en la mía.

Ahora bien, ¿cuál era el carácter especial de esa obra en su fase inicial? ¿Acaso no era más que evidente que se trataba de una obra del Espíritu de Dios, el cual levantó y usó instrumentos que, según el criterio humano, serían considerados como los menos competentes y preparados para el cumplimiento de los propósitos de Su gracia? ¿No recordamos acaso el estilo y el carácter de los instrumentos que fueron más utilizados en la conversión de las almas? ¿Acaso no eran, en su mayoría, “hombres sin letras y del vulgo”? Además, ¿no recordamos claramente el hecho de que había el más decidido deseo de dejar de lado toda rutina oficial y organización humana? Hombres trabajadores venían del campo, de la fábrica y del taller para dirigirse a grandes multitudes de oyentes; y hemos visto a centenares de personas, con vivo interés, pendientes de los labios de hombres que eran incapaces de hablar cinco palabras gramaticalmente correctas. En resumidas cuentas, la poderosa corriente de vida y poder espiritual arrasó con nosotros, barriendo de momento gran parte de la maquinaria humana, e ignorando todas las cuestiones de la autoridad humana en las cosas de Dios y en el servicio de Cristo.

Podemos ahora recordar que, en la medida que el Espíritu Santo era reconocido y honrado, la gloriosa obra progresaba; y que, en la misma proporción en que el hombre invadía los dominios del Espíritu eterno, haciendo alarde de su propia importancia, la obra se veía trabada y terminaba siendo hecha añicos. Pude comprobar la veracidad de lo que digo en innumerables casos. Se realizaban vigorosos esfuerzos tendientes a hacer que el agua viva fluya por los canales oficiales y denominacionales, y esto no podía contar con la aprobación del Espíritu Santo. Además, había en varias partes un fuerte y manifiesto deseo de aprovecharse del bendito movimiento con fines sectarios, lo cual era una ofensa contra el Espíritu Santo.

Y esto no era todo. En todas partes la obra y los obreros eran *puestos en un pedestal*, transformados en objetos *importantes* y *atractivos*. Casos de conversión considerados «sorprendentes», pasaron a ser usados como propaganda y exhibidos ostentadamente en periódicos y revistas. Viajeros y turistas venían de todas partes para visitar a estas personas, tomaban notas de sus palabras y conducta, y difundían el relato de ellos hasta los confines de la tierra. Gran número de pobres criaturas, que hasta entonces habían vivido en la oscuridad, desconocidas e inadvertidas, vinieron a ser de repente objetos de interés de los ricos, los nobles y el público en general. El púlpito y la prensa proclamaban sus dichos y actos y, como era de esperarse, terminaron perdiendo por

completo su equilibrio. Bribones e hipócritas abundaron por todas partes. Cobraba gran importancia el hecho de tener alguna experiencia extraña y extravagante para contar, o algún sueño o visión extraordinarios que relatar. Y aun cuando este desacertado modo de actuar no lograba generar bribonería e hipocresía, los nuevos convertidos se volvían temerarios y altivos, y miraban con cierta medida de desprecio a los que eran cristianos desde hace mucho tiempo o a aquellos que no hubiesen sido convertidos de la misma manera que lo fueron ellos —que hasta tenía su particular nombre—.

Además de esto, algunos personajes muy notables, hombres de gran notoriedad por su mala fama, que parecían haberse convertido, eran llevados por todas partes y anunciados en carteles por las calles, donde multitudes se agolpaban para verlos y escuchar sus historias; historias que casi siempre eran relatos desagradables, llenos de detalles de inmoralidades y excesos que nunca deberían ser mencionados. Muchos de estos personajes famosos acabaron después largando todo, y cayendo de vuelta, con redoblado ardor, en sus prácticas pasadas.

Pude ser testigo de estas cosas en varios lugares. Creo que el Espíritu Santo fue contristado e impedido, y la obra terminó así echándose a perder. Estoy absolutamente convencido de esto: por eso creo que deberíamos buscar con sinceridad honrar al bendito Espíritu; depender de él en toda nuestra obra; seguir adondequiera que nos conduzca, y no adelantarnos a él. Su obra permanecerá:

Todo lo que Dios hace será perpetuo



(Eclesiastés 3:14).

Las obras hechas en la tierra, son obra de Sus manos. Tener presente esto, siempre mantendrá la mente en sano equilibrio. Los jóvenes obreros corren gran peligro de verse tan entusiasmados con *su* obra, con *su* predicación, con *sus* dones, hasta el punto de perder de vista al Bendito Maestro. Además, son propensos a hacer de la predicación el *fin* en vez del *medio*. Esto trae como consecuencia perniciosos resultados; les ocasiona perjuicios a ellos mismos y echa a perder su obra.

Tan pronto como hago de la predicación un fin, me sitúo fuera de la corriente del pensamiento de Dios, cuyo fin es glorificar a Cristo; me sitúo también fuera de la corriente del corazón de Cristo, cuyo fin es la salvación de las almas y la plena bendición de Su Iglesia. Pero cuando el Espíritu Santo ocupa el lugar que le corresponde, cuando es debidamente reconocido y se confía en él, todo estará bien. No habrá ninguna exaltación del hombre; no se hará alarde de la importancia



de cada uno; no se hará un espectáculo de los frutos de nuestra obra; no habrá excitación. Todo será calmo, silencioso, real y sin pretensiones. Se esperará en Dios con sencillez, con vehemencia, con fe y con paciencia. El yo quedará apagado, y Cristo será exaltado.

Siempre me acuerdo de una frase tuya. Una vez me dijiste: «El cielo será el mejor y más seguro lugar para oír acerca de los resultados de nuestra obra». Estas son palabras saludables para todos los obreros. Me estremezco cuando veo los nombres de los siervos de Cristo publicados en revistas y boletines, con halagüeña alusión a su obra y a sus frutos. Seguramente aquellos que escriben tales artículos deberían reflexionar en lo que hacen; deberían considerar que están alimentando precisamente aquello que deberían desear ver mortificado y subyugado. Estoy plenamente persuadido de que la senda silenciosa, secreta y velada es la mejor y más segura para el obrero cristiano. Una senda así no lo hará menos fervoroso, sino todo lo contrario. No apagará su energía, sino que la incrementará y la intensificará.

Dios no permita que tú ni yo escribamos una sola línea o expresemos una sola frase que ni de la manera más remota pudiera desanimar o poner trabas a un solo obrero en toda la viña de Cristo. No, este no es el momento para algo así. Queremos ver a los obreros del Señor marchando con fervor; pero creemos sinceramente que el verdadero fervor será siempre el resultado de la más absoluta dependencia de Dios el Espíritu Santo.

Pero ¡mira qué lejos he llegado! Y hasta ahora no me referí a los pasajes de las Escrituras que mencioné en mi carta anterior. Bueno, mi amado en el Señor, sé que me dirijo a alguien que está bien familiarizado con los Evangelios y los Hechos, y que, por tanto, sabe que el propio gran Obrero, y todos aquellos que buscaron seguir Sus benditas pisadas, reconocieron y honraron al Espíritu eterno como Aquel por quien todas sus obras debían ser hechas.

Debo ahora concluir mi carta, mi muy amado hermano y colaborador, y lo hago de todo corazón, encomendándote, en espíritu, alma y cuerpo, a Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos llamó al honroso puesto de obreros en Su campo evangelístico. ¡Que Dios te bendiga a ti y a tu familia muy abundantemente, y te haga mil veces más útil para él!

Afectuosamente en el Señor

*C. H. M.*

### **Tercera carta - La Palabra de Dios**

Querido amigo A.:

Hay otro punto que guarda estrecha relación con el tema de mi última carta; se trata del lugar que ocupa la Palabra de Dios en la obra de evangelización. En mi última carta, como recordarás, me referí a la obra del Espíritu Santo y a la inmensa importancia de darle a Él el lugar que le corresponde. No hace falta que te diga cuán claramente la preciosa Palabra de Dios está relacionada con la acción del Espíritu Santo. Ambas están inseparablemente ligadas en esas memorables palabras que nuestro Señor dirigió a Nicodemo –palabras tan poco comprendidas y, lamentablemente, tan mal aplicadas–:

“ El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios (Juan 3:5).

Ahora bien, tanto tú como yo entendemos claramente que en este pasaje la Palabra está representada bajo la figura del “agua”. Gracias a Dios, no estamos dispuestos a dar ningún crédito al absurdo ritualismo de la regeneración bautismal. Estamos plenamente convencidos, creo, de que nadie tuvo ni podrá tener jamás la vida mediante las aguas del bautismo. Admitimos plenamente que todos los que creen en Cristo debieran ser bautizados; pero esto es algo totalmente diferente del fatal error que sustituye la muerte expiatoria de Cristo, el poder regenerador del Espíritu Santo y las virtudes de la Palabra de Dios para dar la vida, por una ordenanza. No perderé mi tiempo ni el tuyo en combatir este error, pues supongo que coincidirás conmigo al considerar que cuando nuestro Señor habla de “nacer de agua y del Espíritu”, se refiere a la Palabra y al Espíritu Santo (puedes ver Efesios 5:26).

Así pues, la Palabra de Dios es el gran instrumento empleado en la obra de evangelización. Muchos pasajes de la Santa Escritura establecen este punto con tal claridad y determinación que no deja lugar a disputa alguna. En Santiago 1:18 leemos: “El, de su voluntad, nos hizo nacer *por la palabra de verdad*”. Asimismo 1 Pedro 1:23 dice: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, *por la palabra de Dios* que vive y permanece para siempre”. Es menester que cite todo el pasaje debido a su inmensa importancia en relación con nuestro tema: “Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. *Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada*” (v. 24-25).

Esta última cláusula es de incalculable valor para el evangelista. Lo liga, de la manera más clara posible, a la Palabra de Dios como el instrumento único y plenamente suficiente que debe utilizar en su gloriosa obra. Él debe dar la Palabra a la gente; y cuanto más simple sea la forma en que

lo haga, mejor será. Debe dejar que el agua pura corra desde el corazón de Dios hacia el corazón del pecador, evitando a la vez que el canal por el que corre esta agua ceda alguna traza de sí y la contamine. El evangelista debe predicar la Palabra; y debe hacerlo en simple dependencia del poder del Espíritu Santo. Este es el verdadero secreto del éxito en la predicación.

Pero si bien insisto en este punto de fundamental importancia en la obra de la predicación –y creo que no podría insistir tanto como debiera–, lejos estoy de pensar que el evangelista deba presentar a sus oyentes un gran volumen de verdad. Todo lo contrario, considero esto un grave error. El evangelista debe dejar esta tarea en manos de un maestro, un conferenciante o un pastor. Muchas veces temo que gran parte de nuestra predicación pase por sobre las cabezas de la gente, debido al hecho de que preferimos desarrollar la verdad antes que alcanzar a las almas. Puede que nos contentemos con haber dado un mensaje muy claro y enérgico, con haber hecho una muy interesante e instructiva exposición de las Escrituras, algo muy valioso para el pueblo de Dios. Pero el oyente inconverso se quedó allí sentado sin ser tocado, sin ser alcanzado, sin ser impresionado. No había nada para él. El predicador estuvo más ocupado con su exposición que con el pecador; estuvo más absorbido con su tema que con el alma.

Estoy absolutamente convencido de que este es un grave error, y un error en el cual todos nosotros –al menos yo– somos muy propensos a caer. Lo considero profundamente deplorable, y deseo sinceramente evitar cometerlo. Me pregunto si este error no puede considerarse como la verdadera causa de nuestra falta de éxito. Pero quizá no deba hablar de «*nuestra* falta», sino de *mi* falta. No creo que sea justo –hasta donde conozco tu ministerio– atribuirte el defecto al que me acabo de referir. Respecto de este, tú mismo serás el mejor juez. Pero de una cosa estoy seguro: que el evangelista más exitoso es aquel que tiene sus ojos fijos en el pecador; aquel que tiene su corazón inclinado a la salvación de las almas; sí, aquel para el cual el amor por las preciosas almas es casi una pasión. El que más garantías tendrá para su ministerio, no es el hombre que desarrolla un volumen de verdad, sino aquel que más suspira por las almas.

Digo todo esto –nótalo bien– reconociendo de la manera más clara y absoluta la afirmación que hice al comienzo de esta carta, a saber, que la Palabra de Dios es el gran instrumento en la obra de la conversión. Nunca debemos perder de vista este hecho ni debilitar su fuerza. No importa el arado que se utilice para hacer el surco, de qué forma la Palabra pueda revestirse ni el instrumento por el cual pueda ser transmitida, pues las almas solo pueden nacer de nuevo “por la Palabra de verdad”.

Todo esto es divinamente cierto, y siempre deberíamos tenerlo presente. Pero ¿acaso no vemos a menudo que aquellos que se proponen predicar el Evangelio (sobre todo cuando permanecen mucho tiempo en el mismo lugar) son muy propensos a abandonar el dominio del evangelista –ese tan bendito dominio– y a invadir el dominio del maestro o del expositor? Esto es lo que desapruero y lo que tan profundamente deploro. Sé que yo mismo he faltado a este respecto, y grande ha sido mi aflicción por dicha falta. Escribo con entera libertad para confesar que últimamente el Señor ha profundizado inmensamente en mi alma el sentido de la gran importancia de la predicación sincera del Evangelio. Dios no permita que, al hacerlo, subestime la obra de un maestro o de un pastor. Creo que dondequiera que haya un corazón que ame a Cristo, se deleitará en apacentar y cuidar de los preciosos corderos y ovejas del rebaño de Cristo, rebaño que él compró con su propia sangre.

Pero las ovejas deben ser reunidas antes de poder ser apacentadas; ¿y cómo pueden ser reunidas sino mediante la ferviente predicación del Evangelio? La gran ocupación del evangelista es salir hacia los tenebrosos montes del pecado y el error, para hacer sonar la trompeta del Evangelio y reunir las ovejas; y tengo la firme convicción de que hará mejor su trabajo, no mediante una elaborada exposición de la verdad; no dando conferencias claras, valiosas e instructivas; no mediante bellas explicaciones de la verdad profética, dispensacional o doctrinal –por preciosas e importantes que sean en su debido lugar–; sino ocupándose de manera ferviente, directa y sincera con las almas inmortales; con una voz de advertencia, con un ruego solemne; disertando fielmente

acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero

“ (Hechos 24:25),

con una alarmante presentación de la muerte y el juicio, de las terribles realidades de la eternidad, del lago de fuego y del gusano que nunca muere (Marcos 9:44, 48).

En resumidas cuentas, me conmueve el hecho de que necesitamos predicadores que despierten a sus oyentes. Admito plenamente que están las dos cosas: la *enseñanza* del Evangelio y la *predicación* del Evangelio. Pablo, por ejemplo, enseña el Evangelio en Romanos 1 a 7; pero también le vemos predicando el Evangelio en Hechos 13 o 17. Esto es algo de gran importancia en todas las épocas, sobre todo cuando se tiene casi la certeza de que existe un gran número de personas que solemos llamar «almas ejercitadas» en nuestras predicaciones públicas, que necesitan un evangelio liberador: el pleno, claro y elevado evangelio de la resurrección.

Pero si bien admito todo esto, aún creo que lo que se necesita para una evangelización exitosa no es tanto un volumen de verdad, sino un intenso amor por las almas. Mira al eminente evangelista George Whitefield . ¿Cuál crees que haya sido el secreto de su éxito? No tengo duda de que habrás leído sus sermones. ¿Notaste acaso que haya una gran amplitud de verdad? Lo dudo. No obstante, debo decir que me sorprendió justamente lo contrario. Pero, oh, había algo en Whitefield que tanto tú como yo debemos codiciar y tener el deseo de cultivar. Había un ardiente amor por las almas, una sed por su salvación, un poderoso cuerpo a cuerpo con la conciencia, un trato denodado, vigoroso y cara a cara con los hombres acerca de sus caminos pasados, de su estado presente y de su destino futuro. Estas eran las cosas que Dios reconocía y bendecía; y él seguirá todavía reconociendo y bendiciendo las mismas cosas.

Estoy persuadido –y escribo esto delante de Dios– de que si nuestros corazones estuviesen inclinados a la salvación de las almas, Dios nos utilizará en esa divina y gloriosa obra. Pero si, por otra parte, nos entregamos a las desecantes influencias de un fatalismo frío, sin corazón e impío; si nos contentamos con una declaración formal y oficial del Evangelio –algo sin atractivo–; si –para usar una expresión vulgar– nuestra predicación se rige por el principio de «tómalo o déjalo», ¿nos hemos de asombrar si no vemos conversiones? Nos asombraríamos más bien si viésemos alguna.

No; creo que deberíamos examinar seriamente este gran tema práctico. Demanda la solemne e imparcial consideración de todos aquellos que están dedicados a la obra. Hay peligro de todos lados. Hay opiniones contradictorias de todas partes. Pero no puedo concebir cómo un cristiano puede estar satisfecho de faltar a la responsabilidad de ir a buscar almas. Alguien puede decir: «Yo no soy un evangelista; no es mi ámbito; soy más un maestro o un pastor». Bien, entiendo lo que quiere decir; pero ¿me dirá alguien que un maestro o un pastor no deben salir con un deseo ardiente en busca de almas? No puedo admitirlo ni un instante. Es más, no importa en lo más mínimo qué don tenga la persona, o incluso si no posee ningún don que se destaque; aun así, ella puede y debe cultivar un deseo vehemente por la salvación de las almas. ¿Sería correcto pasar por una casa en llamas sin dar una voz de alarma, aunque no pertenezcamos al cuerpo de bomberos? ¿Acaso no deberíamos tratar de salvar a un hombre que está a punto de ahogarse, aunque no dispusiésemos de un bote salvavidas? ¿Alguien en su sano juicio podría mantener algo tan monstruoso? Por lo que respecta a la salvación de las almas, entonces, lo que se necesita no es tanto un don o conocimiento de la verdad, sino un profundo y ferviente anhelo por las almas, un agudo sentido del peligro que corren y un deseo de que sean rescatadas.

Afectuosamente en el Señor

C. H. M.

## **Cuarta carta - La oración**

Querido amigo A.:

Cuando tomé mi pluma para escribirte la primera carta, nunca imaginé que tendría la oportunidad de escribir una cuarta carta. De cualquier manera, el tema es de gran interés para mí; y solo hay dos o tres puntos más que quiero tratar brevemente.

En primer lugar, siento profundamente la falta que hay en nosotros de un espíritu de oración para llevar adelante la obra de evangelización. Ya me referí a la obra del Espíritu; y también al lugar que la Palabra de Dios debe ocupar siempre; pero me sorprende el hecho de que seamos muy deficientes cuando se trata de una oración fervorosa, perseverante y de fe. En esto estriba el secreto del poder.

“ Nosotros –dicen los apóstoles– persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra (Hechos 6:4).

Fíjate en el orden: Primero “la oración”, y luego “el ministerio de la palabra”. La oración pone de manifiesto el poder de Dios. Y esto es lo que necesitamos, no el poder de la elocuencia, sino el poder de Dios; y este solo se puede obtener esperando en él: “El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; y correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Isaías 40:29-31).

Me parece que somos muy mecánicos en la obra, si puedo expresarme así. Un gran porcentaje es servicio puramente rutinario, trabajar «por amor al servicio», como se dice. Temo inmensamente que algunos de nosotros estemos más apoyados sobre nuestros pies que sobre nuestras rodillas; pasando más tiempo en los vagones del ferrocarril que en nuestro aposento privado; más en las carreteras que en el santuario; más con los hombres que con Dios. Esto no funcionará nunca. Es imposible que nuestra predicación esté caracterizada por poder y coronada con resultados, si no esperamos en Dios. Mira al mismo adorable Maestro, a ese gran Obrero. Fíjate cuán a menudo lo hallamos en oración: En su bautismo; en la transfiguración; antes de elegir y enviar a los doce. En resumidas cuentas, una y otra vez hallamos a ese Bendito Ser en actitud de oración. En

una ocasión se levanta “muy de mañana, siendo aún muy oscuro” (Marcos 1:35), para entregarse a la oración. En otra ocasión pasa toda la noche en oración, por cuanto el día era dedicado al trabajo.

¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Ojalá que lo sigamos! ¡Ojalá que sepamos un poco más lo que es luchar hasta la agonía en oración! ¡Qué poco sabemos de esto! Hablo por mí mismo. A veces me parece que estamos tan ocupados con los compromisos de predicar que no tenemos tiempo para orar, para dedicarnos a la obra en la privacidad, para estar a solas con Dios. Nos enroscamos en una suerte de torbellino de obra pública; corremos de un lugar a otro, de una reunión a otra, en un estado de alma estéril y sin oración. ¿Hemos de asombrarnos ante los pobres resultados? ¿Cómo podría ser de otra manera si hemos dejado de esperar en Dios? *Nosotros* no podemos convertir a las almas. Solo Dios puede hacerlo; y si seguimos sin esperar en Él, si dejamos que la predicación pública desplace a la oración en privado, podemos estar seguros de que nuestra predicación resultará estéril y sin valor. Debemos realmente “persistir en la oración” si queremos tener éxito en “el ministerio de la palabra”.

Pero esto no es todo. No se trata simplemente de que nos falta la santa y bendita práctica de la oración en privado. Esto, lamentablemente, es absolutamente cierto, como ya dijimos. Pero hay más que esto. Fallamos en nuestras reuniones públicas de oración. En ellas no nos acordamos lo suficiente de la gran obra de evangelización. Siempre deberíamos presentarla delante de Dios, con insistencia y determinación. Puede que en ocasiones se la mencione de una manera formal y pasajera, para quedar luego en el olvido. Siento de veras que hay una gran falta de ahínco y perseverancia en nuestras reuniones de oración en general, no solo en cuanto a la obra del Evangelio, sino también a otras cosas. Hay a menudo mucha formalidad y debilidad. No parecemos ser hombres inmersos en fervor. Nos falta el espíritu de la viuda de Lucas 18, quien venció al juez injusto apenas con la fuerza de su importunidad. Parece que nos olvidamos de que Dios quiere que le presentemos nuestras peticiones, y de que él

es galardonador de los que le buscan

“ (Hebreos 11:6).

De nada vale que alguien diga: «Dios puede obrar sin nuestras insistentes súplicas; él cumplirá sus propósitos; él reunirá a los suyos». Sabemos todo esto; pero sabemos también que Aquel que determinó el fin, también determinó los medios para alcanzarlo; y si dejamos de depender de él, entonces se valdrá de otros para llevar a cabo Su obra. La obra será hecha, sin duda alguna; pe-

ro nosotros perderemos la dignidad, el privilegio y la recompensa del trabajo. ¿No significa nada esto? ¿Será algo de poca importancia ser privados del dulce privilegio de ser colaboradores de Dios, de tener comunión con él en la bendita obra que lleva adelante? ¡Ay, qué triste es darle tan poco valor a esto! ¡Ojalá que le demos su debido valor!; y una de las pocas ocasiones en que más podemos experimentar este privilegio es cuando estamos unidos de común acuerdo en ferviente oración. Es algo en que todos los santos pueden unirse; todos pueden agregar un sincero «Amén». No todos pueden ser predicadores, pero todos pueden orar; todos pueden unirse en la oración y tener comunión en ella.

¿No observas que siempre hay un torrente de bendición profundo y verdadero cuando *la asamblea* se encuentra inmersa en ferviente oración por el Evangelio y por la salvación de las almas? He visto invariablemente esto, y es verdaderamente una fuente de indecible consuelo, gozo y aliento para mi corazón encontrar a la asamblea dedicada a la oración, porque cuando es así —estoy seguro—, Dios derrama copiosas lluvias de bendición.

Además, cuando ello tiene lugar, cuando este espíritu de los más excelentes invade toda la asamblea, puedes estar seguro de que no habrá ninguna dificultad respecto a lo que se suele llamar «la responsabilidad de la predicación». No tendrá importancia quién haga la obra, con tal que sea hecha de la mejor manera posible. Si la asamblea espera en Dios, en ferviente intercesión por el progreso de la obra, no surgirá ninguna cuestión respecto a quién se ocupará de la predicación, con tal que Cristo sea anunciado y las almas bendecidas.

Aún hay una cosa más que ha ocupado bastante mis pensamientos últimamente; se trata de la manera en que tratamos a los recién convertidos. Sin duda hay una inmensa necesidad de cuidado y cautela, no sea que nos hallemos reconociendo y acreditando aquello que no es en absoluto un fruto genuino de la obra del Espíritu Santo. Hay un gran peligro en esto. El enemigo siempre está buscando introducir elementos espurios en la asamblea, con el fin de destruir el testimonio y traer descrédito a la verdad de Dios.

Todo esto es muy cierto, y demanda nuestra seria consideración. Pero, ¿no te parece, querido hermano, que muy frecuentemente caemos en el otro extremo? ¿No echamos a menudo agua fría sobre los recién convertidos con nuestro rígido y peculiar estilo? ¿No provocamos, por nuestro espíritu y conducta, cierta repulsión hacia los recién convertidos? Esperamos que los que acaban de hacerse cristianos estén a una altura de inteligencia espiritual que a nosotros nos ha llevado años alcanzar. Y no solo eso; a veces los sometemos a un proceso de examen que solo provoca hostigamiento y perplejidad.



Es evidente que esto no está bien. El Espíritu Santo nunca confundirá, pondrá perplejo ni repe-  
lerá a un querido buscador angustiado; el Espíritu nunca hará esto. Nunca podría ser conforme  
al pensamiento o al corazón de Cristo enfriar el espíritu del cordero más débil de todo su reba-  
ño, el cual compró con su propia sangre. Él quiere que tratemos de conducirlos con suavidad y  
ternura; que los calmemos, los sustentemos y los cuidemos conforme al profundo amor de Su  
corazón. Es una gran cosa hacernos a un lado, y mantenernos abiertos para discernir y apreciar  
la obra de Dios en las almas, y no echarla a perder poniendo nuestros miserables caprichos co-  
mo piedras de tropiezo en su camino. Necesitamos la ayuda y la dirección divina en este asunto,  
así como en cualquier otra área de nuestra obra. Pero, bendito sea Dios, él es suficiente tanto pa-  
ra esto como para todo lo demás. Solo confiemos en él, aferrémonos a él y echemos mano de su  
inagotable tesoro, para cada caso que pueda surgir, para las necesidades de cada momento. Él  
nunca decepcionará a un corazón confiado, esperanzado y dependiente.

Debo ahora terminar esta serie de cartas. Creo haber abarcado, si no todos, al menos la mayoría  
de los puntos que tenía en mente. Tendrás en cuenta, espero, que, en todas estas cartas, simple-  
mente puse mis pensamientos por escrito con la mayor libertad posible, y con toda la intimidad  
de una verdadera amistad fraternal. No escribí un tratado formal, sino solo he derramado mi co-  
razón a un amado amigo y compañero de yugo. Y todos los que lean estas cartas deben tener  
presente esto mismo.

¡Que Dios te bendiga y te guarde, querido hermano! ¡Que corone tus labores con las más ricas y  
mejores bendiciones! ¡Que te guarde de toda obra mala, y te preserve para su reino eterno!

Afectuosamente en el Señor

*C. H. M.*

## **Quinta carta - La obra de literatura**

Querido amigo A.:

Parece que una vez más debo tomar mi pluma para escribirte acerca de ciertos asuntos relacio-  
nados con la obra de evangelización, que últimamente han estado llamando mi atención. Hay  
tres distintas ramas de la obra, que me gustaría ver ocupando un lugar más definido y promi-  
nente entre nosotros. Me refiero a la obra de literatura, a la predicación del Evangelio y a la Es-  
cuela Dominical.

Me sorprende ver que el Señor esté despertando la atención sobre la importancia de la obra de literatura como un medio valioso en la obra de evangelización; pero me pregunto si realmente nos tomamos este asunto con toda seriedad. ¿Por qué digo esto? ¿Acaso los libros y tratados han perdido interés y valor a nuestros ojos? ¿O será que la falta radica en el modo en que es conducida la obra de literatura? A mi juicio, parece que falta algo respecto a este último punto.

Cómo me gustaría ver un depósito de literatura bien administrado en cada ciudad importante; cuando digo «bien administrado», me refiero a algo que he asumido y llevado adelante como un servicio directo para el Señor, con un sincero amor por las almas, con profundo interés por difundir la verdad y, al mismo tiempo, con buenas prácticas comerciales. He visto varios depósitos de literatura desmoronarse por falta de habilidad en sus responsables. Parecían personas muy fervorosas y sinceras, pero incapaces de conducir un negocio. En resumidas cuentas, eran personas en cuyas manos cualquier negocio habría ido a la quiebra. Por ejemplo, en algunos lugares que visité, el depósito de literatura era manejado por gente con incapacidades físicas. En un lugar vi el negocio en manos de una pobre anciana postrada en una cama. Era una persona muy querida, y era muy placentero pasar una hora hablando con ella al lado de su cama, pero ¿cómo podía manejar un depósito de libros? Creo que hacía tres años que estaba postrada en su cama. La gente pasaba por la puerta de su casa durante años sin advertir nunca que allí podía adquirir un tratado o un libro. No había tienda, anuncios, ni ningún tipo de exposición de los tratados en la vidriera. No se trata aquí de un hecho aislado. Si lo fuera, no lo hubiera mencionado. En muchas grandes ciudades se tienen unos pocos tratados, todos amontonados y llenos de polvo, en condiciones lamentables, en una desconocida sala en un callejón. Ahora bien, me gustaría saber si se puede esperar que alguien consiga tratados en esas circunstancias. Con toda seguridad, la mayoría de las personas no lo harían. Esta es la razón por la cual en muchos lugares hay un deplorable fracaso en esta tan valiosa e interesante obra de manejar un depósito de literatura. ¿Cómo podemos alcanzar mejor a las almas para las cuales han sido preparados los libros y tratados? Creo que exhibiendo los libros y tratados para la venta en las vitrinas, siempre que ello sea posible, de modo que la gente pueda verlos al pasar, y entrar y comprar lo que quieran. Muchas almas han sido alcanzadas por este medio. Muchos, no tengo dudas, han sido salvos y bendecidos por medio de tratados que vieron por primera vez en una vidriera o presentados en un mostrador. Pero cuando no existe esa posibilidad, el salón de reuniones de la asamblea es la sede natural para el depósito de literatura.

Hay claramente una real necesidad de una librería cristiana en toda gran ciudad, conducida por alguien con conocimientos y sanos hábitos comerciales, y que sea capaz de conversar con las personas acerca de los tratados y de recomendar aquello que pueda ser de ayuda para las almas angustiadas que buscan la verdad. De esta forma, estoy persuadido de que se podrían hacer muchas cosas buenas. Los cristianos de la ciudad sabrían a donde ir a buscar tratados, no solo para su lectura personal, sino también para la distribución general. Ciertamente, si algo vale la pena, vale la pena hacerlo bien; y si esto no se aplica a la obra de literatura, no sé a qué se aplicará.

La obra de literatura debe ser emprendida como un servicio hecho directamente para Cristo. Tengo la certeza de que cuando es emprendida y llevada adelante de esta manera, con energía, celo e integridad, el Señor la reconocerá y hará de ella una bendición. ¿Acaso no hay nadie que quiera emprender esta obra tan valiosa, no por amor a una remuneración, sino por amor a Cristo? ¿No hay nadie que quiera dedicarse a ella con fe sencilla, mirando únicamente al Dios viviente?

Aquí está el fondo de la cuestión. Pues en este ramo de la obra, así como en todo otro ramo, necesitamos de aquellos que confíen en Dios y que se nieguen a sí mismos. Me parece que sacaríamos mucho provecho si la obra de literatura fuese colocada en su debido lugar, y considerada como parte integral de la obra evangelística, asumida con responsabilidad hacia el Señor y llevada adelante con la energía de la fe en el Dios viviente. Cada rama de la obra evangelística –la literatura, la predicación y la Escuela Dominical–, debe ser llevada adelante de esta manera. Está muy bien y es muy precioso tener comunión –plena y cordial comunión– en todo nuestro servicio; pero si esperamos la comunión y colaboración para poder comenzar una obra –que pertenece al ámbito de la responsabilidad tanto personal como colectiva– nos vamos a quedar atrás, o es probable que la obra ni siquiera sea hecha.

Tendré oportunidad de referirme más particularmente a este punto cuando trate el asunto de la predicación y la Escuela Dominical. Lo único que quiero ahora es dejar claro el hecho de que la obra de literatura es una rama –una muy importante y eficiente rama– de la obra evangelística. Si esto fuera bien comprendido por todos, habremos dado un gran paso. Debo confesarte que siempre ha sido una grave ofensa a mi sentido moral el estilo frío y comercial con que se manejan las publicaciones y la venta de libros y tratados –un estilo apropiado tal vez para un mero negocio comercial, pero que es muy ofensivo cuando se adopta en relación con la preciosa obra de Dios–.

Admito plenamente –y lucho por ello– que la buena gestión de un depósito de literatura requiere buenos y sanos hábitos de negocios, además de principios comerciales honestos. Pero a la vez estoy persuadido de que la obra de literatura nunca estará en su verdadero lugar –nunca cumplirá su verdadero propósito, nunca alcanzará el fin deseado– hasta que esté firmemente asentada sobre su santa base, y sea considerada como parte integral de la más gloriosa obra a la cual somos llamados: la obra de evangelización activa, fervorosa y perseverante.

Y esta obra debe ser asumida con un profundo sentimiento de responsabilidad hacia Cristo y con la energía de la fe en el Dios viviente. De nada sirve que una asamblea de cristianos, o alguien rico, elijan a algún apadrinado y le encarguen la dirección del emprendimiento a fin de proveerle un medio de ganarse la vida. Es una gran bendición que todos tengan comunión en la obra; pero estoy completamente convencido de que la obra debe ser emprendida como un directo servicio a Cristo y llevada adelante en amor por las almas y con un auténtico interés en la propagación de la verdad. En tal caso, podemos estar seguros de que Dios tendrá cuidado de sus queridos siervos. Espero escribirte de nuevo para tratar las otras dos divisiones de mi tema.

Afectuosamente en el Señor

*C. H. M.*

## **Sexta carta - La predicación del Evangelio**

Querido amigo A.:

En una de mis primeras cartas de esta serie, insistí en la increíble importancia de mantener con celo y constancia una fiel predicación del Evangelio –una clara obra de evangelización llevada adelante en la energía del amor por las preciosas almas y con directa referencia a la gloria de Cristo–; una obra dirigida exclusivamente a los inconversos y, por ende, completamente distinta de la obra de enseñanza, de disertación o de exhortación, que tiene lugar en el seno de la asamblea; la cual –no preciso decirlo– es de igual importancia a los ojos de nuestro Señor Jesucristo.

Mi objetivo al referirme nuevamente a este tema, es llamar tu atención respecto a un punto en relación con él, sobre el cual me parece que hay una gran falta de claridad entre algunos de nuestros amigos. Me pregunto si, por regla general, tenemos completa claridad acerca de la responsabilidad individual en la obra de evangelización. Admito naturalmente que el maestro o el conferenciante es llamado a ejercer su don, en su mayor parte, sobre el mismo principio que el evan-

gelista; es decir, sobre la base de su propia responsabilidad personal hacia Cristo; y que la asamblea no es responsable por sus servicios individuales; a menos, claro está, que enseñe falsas doctrinas, en cuyo caso la asamblea tiene la obligación de actuar.

Pero mi tema es la obra del evangelista; él debe hacer su trabajo fuera de la asamblea. Su esfera de acción es el mundo entero.

Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura



(Marcos 16:15).

Esta es la esfera de actividad del evangelista: “*Todo* el mundo”, y su objetivo: “*Toda* criatura”. Él puede salir del seno de la asamblea, y volver allí cargado con las doradas mieses de su cosecha; sin embargo, sale con la energía de su fe personal en el Dios viviente y sobre la base de su responsabilidad personal hacia Cristo; la asamblea tampoco es responsable por el *modo* peculiar en que él lleva adelante su obra.

Sin duda la asamblea tiene que actuar cuando el evangelista introduce el *fruto* de su trabajo en la forma de almas que profesan estar convertidas, y que desean ser recibidas en comunión a la mesa del Señor. Pero esto se trata de algo completamente distinto, y debe distinguirse de la obra del evangelista.

El evangelista debe tener libertad de acción. Eso es lo que sostengo. No debe estar atado a ciertas normas o reglamentos, ni restringido por ningún convencionalismo particular. Un evangelista con un corazón ancho se siente perfectamente libre de hacer muchas cosas que tal vez no estén de acuerdo con el juicio espiritual y las simpatías de algunas personas de la asamblea; pero si él no transgrede ningún principio vital o fundamental, tales personas no tienen derecho de interferir en su trabajo.

Y debe recordarse, querido hermano, que cuando uso la expresión «juicio espiritual y simpatías», estoy hablando desde el punto de vista más elevado posible, y tratando al objetor con el mayor de los respetos. Siento que es lo correcto y lo conveniente. Todo verdadero hombre tiene derecho a que su opinión y su juicio –esto sin hablar de la conciencia– sean tratados con el debido respeto. Pero hay, lamentablemente, en todas partes hombres de miras estrechas que se oponen a todo lo que no cuadra con sus propias ideas. Hombres que estarían dispuestos a restringir

la acción del evangelista a su propia línea de pensamiento y conducta que, según piensan, corresponde a la asamblea del pueblo de Dios cuando se reúne para el culto alrededor de la Mesa del Señor.

Todo esto es una completa equivocación. El evangelista no debe escuchar estas cosas ni dejarse influir por ellas. Debe proseguir tranquilamente su camino habitual, sin tener en cuenta toda la estrechez e intromisión que pueda encontrar. Él puede sentirse perfectamente libre de adoptar un estilo de hablar y un modo de obrar que estarían enteramente fuera de lugar en la asamblea. Considera por ejemplo el asunto de cantar himnos. El evangelista puede sentirse perfectamente libre de utilizar himnos o cánticos evangelísticos que serían completamente inadecuados en una reunión de asamblea. El hecho es que él *canta* el Evangelio con el mismo objetivo con que *predica* el Evangelio, o sea, para alcanzar el corazón del pecador. Está tan dispuesto a cantar «Ven» como a predicarlo. Pero puede que se diga: «Si invitamos a la gente a cantar himnos, ¿no se corre el peligro de conducirla a una posición falsa?». Sin duda que sí. Hay peligro en esto como en todo lo demás. Pero entonces el evangelista inteligente no invita a los inconversos a cantar. Al contrario, les advierte de ello. A menudo sucede que el Espíritu de Dios hace una obra sólida en la conciencia, en relación con estas palabras de advertencia pronunciadas durante el canto; pues —bendito sea su Nombre—, el Espíritu Eterno opera en una esfera de acción infinitamente más amplia que la nuestra. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni Sus caminos son nuestros caminos (Isaías 55:8).

Tal es el juicio que por muchos años he tenido sobre este tema, aunque no estoy completamente seguro de que sea algo que esté plenamente de acuerdo con tu discernimiento espiritual. Me preocupa el hecho de que estemos en peligro de caer en la falsa noción que la cristiandad tiene de «iniciar una obra» y «organizar una iglesia». Por eso muchos consideran las cuatro paredes en que se reúne la asamblea como una «capilla», y el evangelista que está predicando allí sea visto como «el ministro de la capilla».

Debemos guardarnos cuidadosamente de todo esto. Pero mi intención al referirme a ello ahora es aclarar el punto en cuanto a la predicación del Evangelio. El verdadero evangelista no es el ministro de ninguna capilla, ni el órgano de ninguna congregación, ni el representante de una agrupación, ni el funcionario pago de ninguna organización. No; es el embajador de Cristo; el mensajero de un Dios de amor; el heraldo de las Buenas Nuevas. Su corazón está lleno de amor

por las almas, sus labios ungidos por el Espíritu Santo, y sus palabras revestidas de poder celestial. ¡Dejémosle en paz! ¡No lo encadenemos con normas y reglamentos! ¡Dejémosle dedicarse a su obra y a su Amo!

Además, ten en cuenta que la Iglesia de Dios puede proveer una plataforma suficientemente amplia para toda suerte de obreros y todo estilo posible de trabajo, *siempre y cuando* no se toquen las verdades fundamentales. Es un fatal error tratar de reducir a todos y todas las cosas a un mismo nivel. El cristianismo es una viva realidad divina. Los siervos de Cristo son enviados por él, y ante él son responsables.

“ ¿Tú quien eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae (Romanos 14:4).

Podemos estar seguros de que estas cosas demandan nuestra seria consideración, si no queremos ver la bendita obra de evangelización echarse a perder en nuestras manos.

Tengo solo un punto más al que quisiera referirme antes de terminar mi carta, ya que es algo que ha sido una cuestión muy controvertida en algunos lugares. Me refiero a lo que ha sido llamado «la responsabilidad de la predicación». ¡Cuántos de nuestros amigos se han sentido molestos por esta cuestión! ¿Por qué razón? Estoy persuadido de que es por no entenderse la verdadera naturaleza, el verdadero carácter y la esfera de acción de la obra de evangelización. Por eso ha habido personas que insisten en que la predicación del Evangelio el domingo a la noche debe dejarse como una reunión abierta. Pero, *¿abierta a qué?* Esta es la cuestión. En muchísimos casos demostró estar «abierta» a un tipo de discurso completamente inadecuado para muchos de los que habían asistido o que habían sido traídos por amigos, esperando oír un pleno, claro y enérgico mensaje evangélico. En tales ocasiones, nuestros amigos se llevaron un chasco, y los inconversos fueron totalmente incapaces de comprender el significado de la reunión. Ciertamente tales cosas no deberían suceder; y no ocurrirían si tan solo los hombres discernieran algo tan simple como es la distinción entre todas las reuniones en que los siervos de Cristo ejercen su ministerio sobre la base de su responsabilidad personal, y todas las reuniones que son puramente reuniones de la asamblea, ya sea para celebrar la Cena del Señor, la oración, o cualquier otro propósito.

Afectuosamente en el Señor

C. H. M.

## Séptima carta - La Escuela Dominical

Querido amigo A.:

Por falta de espacio, me vi obligado a finalizar mi última carta sin siquiera tocar el tema de la Escuela Dominical. Sin embargo, debo dedicar una o dos páginas a una rama de la obra que ha ocupado un lugar muy amplio en mi corazón por treinta años. Consideraría que mi serie de cartas quedaría incompleta si no hubiese tocado este tema.

Algunos podrían cuestionar hasta dónde la Escuela Dominical puede ser considerada como parte integral de la obra de evangelización. De mi parte, solo puedo decir que la considero principalmente a través de tal prisma. La veo como una de las mayores y más interesantes ramas de la obra evangelística. El director y el maestro de la Escuela Dominical son obreros en el vasto campo del Evangelio, tan claramente como el evangelista o el predicador del Evangelio.

Soy plenamente consciente de que una escuela dominical difiere sustancialmente de una predicación normal del Evangelio. No es convocada ni conducida de la misma manera. Hay, si puedo expresarme así, una unión del padre, del maestro y del evangelista en la persona del obrero de la Escuela Dominical. En ese momento él toma el lugar del padre, trata de cumplir con su deber de maestro, pero no pierde de vista el objetivo del evangelista: el inestimable objetivo que es la salvación de las almas de los preciosos pequeños que fueron encomendados a su cuidado. En cuanto al modo en que alcanza su objetivo, a los detalles de su obra y a los diversos medios de que puede echar mano, él es el único responsable.

Soy consciente de que algunos objetan la obra de la Escuela Dominical, con el argumento de que tiende a interferir con la educación que los padres dan en casa. Pero debo confesar que no encuentro ningún fundamento para tales objeciones. El verdadero objetivo de la Escuela Dominical no es reemplazar la educación de los padres, sino para ayudar en ella cuando existe, o para suplir su falta cuando no existe. Hay, como tú y yo bien sabemos, cientos de miles de queridos niños que no reciben ninguna educación de los padres. Hay miles de niños que no tienen padres, y otros miles tienen padres que son peores que ninguno. Mira las multitudes de niños en las callejas, vías y plazas de nuestras grandes ciudades y de los pueblos, que difícilmente parecen estar en un nivel de existencia por arriba del animal; sí, muchos de ellos parecen más pequeños demonios encarnados.



¿Quién podría pensar en todas esas almas preciosas sin desear sinceramente que Dios ayude a todos los *verdaderos* obreros de la Escuela Dominical, y sin un ardiente deseo por mayor fervor y energía en esa tan bendita obra?

Cuando digo *verdaderos* obreros de escuela dominical, es porque me temo que hay muchos que se ocupan de esta obra, que no son obreros verdaderos, auténticos ni aptos para ella. Muchos, me temo, toman la Escuela Dominical como una especie de trabajo religioso de moda, adecuado para los miembros más jóvenes de las comunidades religiosas. Muchos también la consideran como una especie de compensación para una semana cargada de insensatez, mundanalidad y satisfacción propia. Personas así son más un estorbo que una ayuda para este sagrado servicio.

Pero también hay muchos que aman sinceramente a Cristo y desean servirle en la Escuela Dominical, pero que no están realmente preparados para la obra. Les falta tacto, energía, orden y autoridad. Les falta ese poder de adaptarse a los niños y de cautivar sus jóvenes corazones, que es tan esencial para el obrero de escuela dominical.

Es un gran error suponer que cualquiera que esté “en la plaza desocupado” (Mateo 20:3), es apto para hacerse cargo de esta rama particular de labor cristiana. Al contrario, se requiere una persona enteramente preparada por Dios para esta obra; y si alguien pregunta: «¿Cómo podemos conseguir personas así capacitadas para esta rama del servicio evangelístico?», respondo: De la misma manera que se consiguen personas para todos los demás departamentos de la obra: por medio de una oración fervorosa, perseverante y de fe.

Estoy plenamente persuadido de que si los cristianos estuviesen más motivados por el Espíritu Santo para sentir la importancia de la Escuela Dominical –si solo pudieran captar la idea de que ella, al igual que la obra de literatura y la predicación, es parte integrante de la más gloriosa obra a la que somos llamados en estos últimos días de la historia de la cristiandad–, si estuvieran más impregnados de la idea de la naturaleza evangelística y el objetivo de la obra de la Escuela Dominical, serían más persistentes y fervorosos en la oración, tanto en secreto como en público, para que el Señor levante en medio de nosotros, muchos obreros fervorosos, devotos y de todo corazón, para la Escuela Dominical.

He aquí la falta. ¡Quiera Dios, en su abundante gracia, suplirla! Él es capaz y ciertamente está dispuesto a hacerlo. Pero quiere que esperemos en él y se lo pidamos. No olvidemos que Dios “es galardonador de los que *le buscan*” (Hebreos 11:6). Creo que tenemos muchos motivos de gratitud y alabanza por lo que ha sido hecho mediante las Escuelas Dominicales durante los últimos

pocos años. Recuerdo muy bien el tiempo cuando muchos de nuestros amigos parecían pasar completamente por alto esta rama de la obra. Aun ahora hay muchos que la tratan con indiferencia, “debilitando las manos” (Jeremías 18:4, V. M.) y desanimando los corazones de aquellos que están ocupados en ella.

Pero no me detendré en esto, puesto que mi tema es la Escuela Dominical, y no aquellos que la descuidan o que se oponen a ella. Bendigo a Dios por todo lo que veo que sirva de aliento. Siempre me ha refrigerado y deleitado mucho ver a algunos de nuestros más viejos amigos levantándose de la mesa de su Señor para ordenar los bancos en los que poco después se habrán de sentar los queridos pequeños para oír las dulces historias de amor del Salvador. ¿Y qué podría ser más bello, más conmovedor o más moralmente conveniente que los que acaban de recordar el amor del Salvador en Su muerte, procuren –desde que acomodan los bancos– llevar a la práctica Sus vivas palabras:

Dejad a los niños venir a mí



(Marcos 10:14)?

Hay muchas otras cosas que me gustaría agregar acerca del modo de llevar adelante la labor de la Escuela Dominical; pero tal vez sea mejor que cada obrero dependa totalmente del Dios vivo para consejo y ayuda en cuanto a los detalles de la obra. Siempre debemos recordar que la Escuela Dominical, como la obra de literatura y la predicación, es, en su totalidad, una obra de responsabilidad individual. Este es un punto de gran importancia; y cuando se lo comprende plenamente, cuando existe un real fervor de corazón y un ojo sencillo, creo que no habrá grandes dificultades en cuanto a la manera de trabajar de cada uno. Un corazón amplio y un firme propósito para llevar adelante la gran obra y cumplir la gloriosa misión que nos ha sido encomendada, nos librára efectivamente de la desecante influencia de las extravagancias y los prejuicios: esos miserables obstáculos a “todo lo amable” y a “todo lo que es de buen nombre” (Filipenses 4:8).

¡Quiera Dios derramar su bendición sobre todas las Escuelas Dominicales, sobre los alumnos, los maestros y los directores! ¡Quiera él también bendecir a todos aquellos que, de uno u otro modo, se dedican a la instrucción de los jóvenes! ¡Quiera él animar y refrescar sus espíritus permitiendo que sieguen muchas doradas mieses en su particular rincón de aquel grande y glorioso campo del Evangelio!

Afectuosamente en el Señor

C. H. M.